

La Espera

Año V Núm. 237

Precio: 60 cénts.



LA DIVINA PASTORA, cuadro de Bernardo Germán Llorente, que se conserva en el Museo del Prado

Como la fresca Brisa del Mar
"NIEVE 'HAZELINE'"
 (Marca de Fábrica) ("Hazeline" Snow" TRADE MARK)
 Refresca
 y
 vigoriza
 el
 cutis

De venta en todas las Farmacias y Droguerías
 SP.P. 1449

¿Lo ha probado Vd.? Burroughs Wellcome y Cía.
 Londres
 All Rights Reserved

Overland

TRADE MARK REG.

Sus características

Aspecto.—Sus líneas verdaderamente europeas, sus carrocerías perfectamente acabadas y colores acertados le dan el aspecto más atractivo posible.

Funcionamiento.—Siempre satisfactorio en potencia de motor, velocidad, seguridad y fácil manejo.

Comodidad.—La mayor que puede apetecerse, por sus movimientos suavísimos y ballestas cantilever.

Perfección.—Su motor es una maravilla mecánica, especialmente el arranque automático, reglaje instantáneo del carburador y elasticidad, al mismo tiempo que fortaleza de su maquinaria, le hacen superior a todos.

Precio.—La enorme producción de la fábrica (250.000 coches de construcción al año) permiten dar todo lo dicho en precio módico.

Posseer un «Overland» es tener siempre billetes de Banco en el bolsillo.

GARAGE "EXCELSIOR"
 Alvarez de Baena, 7 MADRID

WILLYS-OVERLAND, Inc.
 Toledo, Ohio, E. U. A.



"ENCICLOPEDIA ESPASA"



PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA
 Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel del mar.—Mayor sequedad de atmósfera y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.—Abierto todo el año.
 Para informes, dirigirse al señor Director-Gerente, Barquillo, 3, Madrid



Murmura la Petra,
 la Lola murmura,
 el público clama,
 el vulgo susurra,
 y todos convienen
 que no es impostura
 la sin par belleza
 de doña Ventura;
 estando contes e',
 según se asegura,
 que al fin ha logrado
 corregir Natu a,
 des que usa los polvos,
 des que usa la crema,
 des que rinde cul o
 á la PECA-CURA.

Jabón, 1,40.—Crema, 2,10.—Polvos, 2,20.—
 Agua cutánea, 5,50.—Colonia, 3,25, 5,8 y 11
 pesetas, según frasco.

CREACIÓN DE CORTES HERMANOS.—BARCELONA

HIPOFOSFITOS:
—SALUD

DA VIDA
 Y
 VIGOR
 A LOS
 DÉBILES



Aviso: Al comprar el frasco fíjarse si con tinta roja se lee: HIPOFOSFITOS SALUD. En la Argentina pidase HIPOFOSALUD.

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Dirigirse a esta Admón., Hermosilla, 57.

OMEGA

EL MEJOR RELOJ DE PRECISIÓN
 DE VENTA EN TODAS
 LAS BUENAS RELOJERÍAS

CASAMIENTOS VENTAJOSOS

proporcionamos á caballeros y señoritas de posición. Pidanse detalles. Apartado 591, Madrid. Garantía absoluta de reserva. Unica casa en España.

EL DIA 22 DE JULIO

CORRIENTE SE PONDRA A LA VENTA
EN TODA ESPAÑA EL NÚMERO EX-
TRAORDINARIO DE ~ ~ ~ ~ ~

La Esfera

DEDICADO Á ASTURIAS, LA BELLA Y
RICA PROVINCIA DE ESPAÑA, CLINA
-:- -:- DE LA RECONQUISTA -:- -:-

TODOS LOS ARTISTAS Y LITERATOS QUE FIGURAN
+ + EN EL NÚMERO EXTRAORDINARIO DE + +

La Esfera

dedicado á Asturias, son hijos de la región, y los asun-
-:- tos que en él se tratan son, asimismo, asturianos -:-

Pintura: Retrato á todo color de S. A. R. el Príncipe de Asturias, cuadros de Menéndez Pidal, Carreño, Zaragoza y Martínez Abades.

Literatura: Cuentos de Ramón Pérez de Ayala y Andrés González-Blanco.

Covadonga: Relato interesantísimo en que el ilustre novelista Armando Palacio Valdés, traslada al lector impresiones personales de sus visitas al majestuoso lugar.

Asturianos ilustres, por Ramón Prieto;

artículo biográfico sobre Campomanes, Jovellanos y Pidal.

Los primitivos pobladores de Asturias, por el conde de la Vega del Sella.

La caza en Asturias, por el marqués de Villaviciosa.

Otros trabajos de Alas Pumariño, Aniceto Sela, José Estrada, José Montero, Acebal, Juan Bances, M. Naredo, Fabricio, José Díaz Sarri, etc., etc.

Música: Dos canciones asturianas, letra y música de Baldomero Fernández.

PRECIO DEL EJEMPLAR EN TODA ESPAÑA
UNA PESETA

UN NIÑO PUEDE EJECUTAR
las grandes obras de los grandes maestros
Interpretadas por sus más geniales creadores

que figuran en el extenso repertorio de

MÁQUINAS PARLANTES
Y DISCOS DOBLES

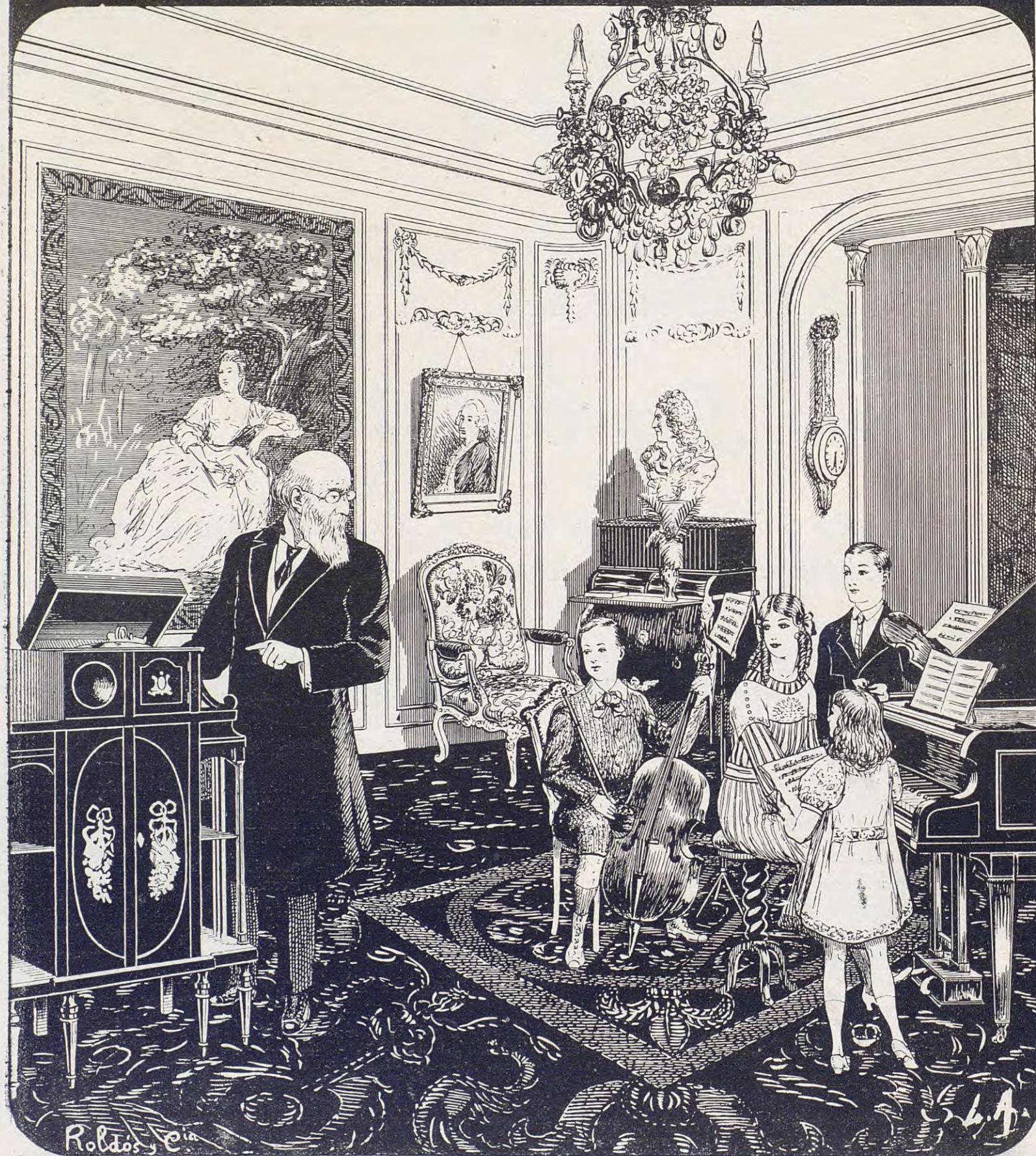
Odeon

El Maestro Incansable

Exijan esta marca. Única garantía de perfección absoluta, pues cada aparato o disco
defectuosos son destruidos en fábrica

ÚLTIMO ÉXITO SORPRENDENTE
LA LLAMA

por D. Nieto, Callao, Canalda, Orfeón Donostiarra,
artistas, coros y orquesta del Gran Teatro, de Madrid



La Esfera

Año V.—Núm. 237

13 de Julio de 1918

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



RETRATO DE LA PROMETIDA

Cuadro de Aman Jean, que ha figurado en la Exposición de Pintura Francesa
del Retiro

DE LA VIDA QUE PASA

El humo de la verbena

EL verano matritense alborota el rumoroso enjambre de las verbenas y, con ellas, ofrece otros pretextos más para el holgorio á caño libre y la algazara á todo trapo. El simpático pueblo de la Villa y Corte, siempre propicio á las zambras, diviértete cuanto puede, y se nos antoja que lo hace no sólo por impulso de su bullanguera y bendita condición, sino por filosofía. «Para cuatro días que va uno á vivir...» se dice el epicúreo accidental de la Cabecera del Rastro. Y consuma el consabido empeño del colchón para vociferar, entusiasmado ó colérico, desde la hirviente meseta del toril. Y procura que esos cuatro días que nuestro hombre va á soportar entre gemidos y fatigas sean lo más alegres, lo más divertidos y tempestuosamente felices de la tierra. La medida, el tedio ó la desilusión de los que no le imitan antojasele estolidez abominable. Vedlo en el gesto de retador júbilo con que sube á los caballitos, come en el ventorro, se mece en la manuela, trepa á la andanada ó al tendido. Si para él existe la maldición de ganar el dinero sudando, también ejerce el privilegio de gastarlo con su correspondiente sudor. Por el día se afea, se consume, se tronza, se muere trabajando. Pero la noche trae en su azul seno perfumado la gloria del desquite, y el laborioso filósofo á su manera y recurre, renacido, al «morapio» y al bailoteo, al champán y al reservado de la Bomilla...

No por, en general, plebeyo su regocijo y el modo de satisfacerlo, deja de ser lícito y respectable. La realidad á que hay que atenerse es que el gentío, hoy en estas noches de verbena como ayer en otras conmemoraciones ó festejos tradicionales, se entrega íntegramente al rebullido. Gasta, no sólo lo que tiene suyo, sino hasta algo de lo que ceden, en condiciones de apretada garantía, varios de los demás. Los «cuatro» días de marras remueven poderosamente muchos bolsillos y dan gratis la elasticidad á muchas conciencias. No importa, llegado el caso, no comer en casa, aunque se ría. Lo que sí urge y solivianta es comer fuera de ella, holgar, aturdirse. La risa, en estos tiempos, es una divina transformación del dinero. El cobre ó la plata se transmutan prodigiosamente en alegría. ¿Quién conoce oro de mejor ley? Queden en las sombras de lo pasado el alquimista tenaz y su cámara repleta de retortas y redomas. Nosotros, ahora, establecemos el laboratorio cada cuatro días al aire libre, y nos basta, á falta de la clásica caperuza del nigromante, la augustamente estrellada

del cielo. Allí, dueños de la piedra filosofal que garantiza el Banco de España, nos hundimos en el tumulto, y la sidra que sabe á petróleo nos enardece, y la mujerona patilluda envuelta en su mantón de Manila nos embelesa, y las humaredas de las improvisadas churrerías llenan de anáptica fruición nuestros pulmones...

El pueblo se divierte, y hace muy requetebién. ¿Quién lo duda? Celebrémos la enorme dicha de nuestra neutralidad. Europa es un matadero y un camposanto... Alejada de tanta furia y de silencio tanto, sea España, á modo de comentadora, la pandereta que se agita en su incurable espasmo de despreocupación.

¿Por qué entre los ayes y los cañonazos de allá lejos no ha de resonar una risotada? En la humana polifonía—obediencia á una batuta inexorablemente sabia—, no porque pretendan imponerse los metales siniestros de la muerte, del dolor, del hambre, de la desesperación y del esfanto, va á enmudecer el pífan de la alegría. España, y en particular este Madrid amadísimo, viene ejecutando obcecadamente su «solo» de frivolidad. Ello, además de entrenerle no poco, le evita la molestia de oír el estruendo delirante de la hecatombe. ¡Afortunadísima nación la nuestra en que la muchedumbre, no vestida toda ella de luto, tampoco simula ese torvo crepúsculo que en otros países empapa á la tierra!

El pueblo se divierte. Hartas tristezas propias tolera para no cuidarse de las ajenas. Por añadidura el frente de batalla está demasiado lejos y el gemido de los moribundos queda roto y extaviado en el camino. Todo comentario lacrimoso ó jeremíaco resulta, entre nosotros, improcedente cuando no estúpido. Ilustres compañeros de pluma, censurándolo con indignación, han hecho repetir al envidiable gramófono de su entendimiento el disco que requieren las circunstancias. ¿Por qué no vamos á refocilarnos? Cunda, prevalezca el castizo buen humor matritense. Llévese Caronte, en la que hoy debe ser lancha automóvil, á todos cuantos sensibleros apostrofan á los olvidados de la tragedia casi mundial. Desentendámonos de ella, porque no vamos ni aun á atenuarla con nuestra compostura de espectadores, ni con nuestro doloroso estupor de apiadados. Inquietarse por los que á muchas leguas se despedazan es literatura y de la peor. Celebrémos estas noches de acá, embalsamadas, turbulentas, joviales, prontas al amor, la franca-chela y la zumba. Evoquemos á las majas y á los

chisperos, y demos «otro golpe» á los sotillos, á las calesas y á las radiantes chulaperías. Hundámonos en el vértice del piano de manubrio, del frasco de Valdepeñas, del churro, del cahuet, del columpio, de la mojama... Fraternicemos en el tendido y frente á la astracanada, y junto á la raqueta del *croupier*; cantemos, para que no se olvide, al cielo azul; á los femeninos ojos centelleantes; al duro, que rueda con musiquilla de cascabel, y á la misma vida, excelsa presente hecho á los españoles por un Dios que nos distingue y mimá como á contados pueblos... Y callen los agua-fiestas, los llorones, los sandios que creen que la neutralidad puede ser responsabilidad y consideran crimen la inhibición.

¡Amable batahola ésta de la verbena, donde, con la modestia que caracteriza nuestras expansiones, un par de berridos, un par de copas y un par de duros nos suministran nada menos que la felicidad!...

El humo invasor de las freidurías de buñuelos finge en torno nuestro halo de apoteosis. Somos los héroes del aniversario. Somos los dioses de la ocasión. De nubes de humo es la época actual, y ello, en cierto modo, nos incorpora á la pesadilla lejana. Pestilente, intolerable, plebeyo, sí resulta—gracias sean dadas al Municipio y á la Rutina—el humo de las tales freidurías de engrudo. Pero humo es. No tenemos ni queremos otro. El nos envuelve y seduce. El garantiza, perpetuándolo, nuestro abolengo. El crea esa neblina que no nos deja ver lo que ocurre más allá de donde alcanza, antes que nuestro espíritu, nuestra pupila. El da cierto aspecto belicoso á la bacanalita y satura nuestro tantas veces loado buen humor. El, en suma, adquiere sencillas proporciones de símbolo, al alcance de los verbeneros más romos. *Humo las glorias de la vida son...* Y quién dice las glorias dice las juergas de todo linaje, haya ó no churros en ellas. Este humo es eminentemente literario para los costumbristas, y no deja de producirles discretas remuneraciones. También es muy juvenil. Nuestros veinte años lo encontraron soportable. La novia que tanto nos quería y encalabraba, envuelta en él, sonreía ante nuestro panglosismo como otra Brúñilda. Disipóse en nuestra mocedad aquella mujer, fragancia encantadora. Sólo quedó—ay!—el humo; el humo apestoso, el humo que desafía á los novios y á los años, de la verbena...

DIBUJO DE ROBLEANO

E. RAMÍREZ ANGEL



LO QUE PASA

Qué bien sienta tu silueta
sutil y espiritual,
en la mística glorieta
del jardín conventual.

¡A cada paso te paras
y te inclinas commovida,
lo mismo que si buscaras
alguna cosa perdida!

En el jardín solitario...
¡Ay! ¡Qué busca tu mirada
con tan hondas emociones!

Un crucifijo, un rosario,
o alguna flor disecada
en tu libro de oraciones?

Como la tibia fragancia
de una remota canción,
llegó hasta mi triste estancia
la voz de Mimi Pinsón.

Y aun á pesar de la fría
miseria de mi desván,
la vida fué una alegría
falta de vino y de pan.

Y hasta al morir, tuvo una
blanca suavidad de luna.
Era hermosa y buena al par:

¡tan buena, que se moría,
y muriendo, sonreía
para no verme llorar!

La sombra es una enlutada
que se acerca á la ribera
á peinar su desgreñada
y ondulosa cabellera.

Es tan negra, que parece
que su negrura alucina,
y hasta el agua cristalina,
al copiarla, se ennegrece.

El silencio cristalino
rasga la ilusión de un trino...
¡Y parece el ruiseñor,

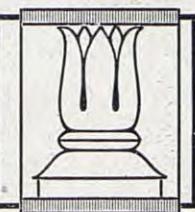
cuál si, mientras se peinara
la negra sombra, cantara
un viejo canto de amor!

Francisco VILLAESPESA



LA DIFUNTA

(Cuento premiado en el último Certamen del Círculo de Bellas Artes)



Solo, en medio del mar, que á veces le acariciaba con mimo y otras le zurría salvaje, se alzaba el faro, sobre la roca viva de un islote. Vivir allí, equivalía á no vivir en el mundo.

Una vez por semana, cuando la mar estaba tranquila y dejaba acercarse al peñón, llevaba un bote con dos hombres y las provisiones para los torreros. El atraque de la ballenera suponía un momento de conversación con gente de tierra; era poder charlar de cosas del mundo con seres que sabían cómo andaba todo por allá abajo, y que, en aquella hora que se detenían en el faro, contaban chismes de la ciudad, escándalos y enormidades que alegraban las almas, llenas de malicia, de los torreros; almas que, hechas á la soledad y pequeñez del islote, jamás volaron por las regiones del ideal ni de la fantasía.

De los dos torreros uno era viudo y vivía allí con su hija, una muchacha rubia de ojos azules y grandes, llenos de saber, y pelo rojo como dorado á fuego. Tenía, además, la moza el cuerpo esbelto, las manos pequeñas y una sonrisa de diabla que daba miedo. El otro era casado. Su cónyuge se llamaba Ramona y era una mujercilla enclenque, devorada por la anemia, con grandes ojeras violáceas en torno de los ojos soñadores, y labios finos y exangües.

El viudo se llamaba Juan; el compañero, Ricardo. Juan tenía el carácter simpático y apacible, el mirar sonriente y la greña plateada. En las noches de verano, cuando la luna con su luz apagaba la pupila de la torre—pupila monstruosa, ojo de ciclope que vivía en continuo parpadeo—. Juan se acodaba en la baranda que circuía el faro y cantaba bellas canciones de su tierra cántabra, en las que siempre había un pastor y una pastora, una vaca rubia y una moza que langüidecía de amores. Ricardo era brusco, levantisco y montaraz. Bajo el cabello que le caía en manojo por la frente, brillaban sus ojos con mirada fiera y retadora. Para Ramona, después del primer mes de sus nupcias, no volvió á tener un gesto agradable, ni una caricia, ni un beso. Trataba como á esclava más que como á esposa, y no tenía reparo en decirla que deseaba su muerte.

Sólo era apacible y cariñoso cuando se encontraba con la hija de Juan. Entonces se transfiguraba; su mirar se hacía dulce, su boca reía tranquila y hasta la palabra le salía suave y melosa. La rubia ya lo sabía; ¡no lo había de saber, si las mujeres nacen doctoradas en las cosas del amor! Pero lejos de aterrorizarse; en lugar de huir sus ojos de los de Ricardo; en vez de ahuyentar las malas pasiones que anidaban en el alma de aquel hombre, le hacia frente, hablaba de amores con él y hasta algún día, al subir la escalera, le echaba besos con los dedos á tiempo que reía locamente. Una vez le dijo:

—¡Si se muriese la Ramona!...

A Ricardo le dió en el pecho un salto el corazón, se le nublaron los ojos y una oleada de sangre le subió á la garganta. «¡Si se muriese!», pensó. Pero no; la Ramona arrastraba consigo su mal



año tras año, sin que se le notara que un día estuviera peor que otro, como condenada á vivir siempre así, de cara á la muerte sin ser nunca su víctima.

...

—No sube nadie, *Roja*?

—Nadie; puedes hablar.

—Te quiero!

—Ya lo sé... Yo también te quiero... ¡Me da una pena que seas *casao*! ¡Si fueras soltero... ó viudo!

—Ya no puedo tardar mucho... La Ramona se va...

—Sí, se va... Siempre se está yendo... Y sigue *entoavia* robándolos el querer...

—Es verdad... Bien ladrona es la indina... ¡Si se muriera de una vez!

—/Pa la falta que hace en el mundo!

Hubo en la espantosa conversación una pausa; la precisa para que hablase la imaginación lo que la lengua no se atrevía á decir.

—Dentro de dos meses nos vamos *pa* siempre...

Del pecho de Ricardo salió un rugido. Era verdad. Al cabo de dos meses vendría la jubilación de Juan, y con él se marcharía la *Roja*, y con la *Roja* sus dulces sueños...

—¿Has oido?

—Sí, es el viento que runfa en la torre.

—No, es la voz de la Ramona que viene.

Y así era, en efecto. Casi no dió tiempo á la *Roja* para huir. Ricardo esperó á su mujer sin moverse, con la mirada fija, tal que si mirase en su interior. La mujer, que ya conocía aquellos amores, suspiró tristemente y dijo:

—Ya no tardaré en morirme, Ricardo... Y podrás casarte con la *Roja*.

—Por mí ya podía ser mañana—la contestó el marido.

Y echó escaleras arriba, sin volver la vista atrás, preso en las mallas de la obsesión que le quitaba el sueño. ¡Casarse con la *Roja*! ¡Para qué mayor felicidad? ¿Qué había en el mundo mejor que eso? Los dos en el faro, en medio del mar, diciéndose amores á todas horas, mirándose á los ojos, cogiéndose las manos hasta hacerse sangre. ¡Oh! Aquella mujer, por fuerza tenía que haberle dado un bebedizo, porque se le había entrado de tal suerte en su alma, que nada veía que no fuera ella, ni nada quería que no fuese la *Roja*, ni pensaba más que en aquel demonio todas las horas del día...

Abrió la puerta del balcón de la torre y se acodó en el balcán. Se veía venir la tormenta. El agua negreaba en toda su extensión, reflejando aquel cielo oscuro en el que las nubes se apelotonaban como enormes gasas negras. Formábanse las olas en la superficie del mar, círculos de espuma que se abarquillaban corriendo sobre el abismo y se agrandaban enormemente hasta chocar con fuerza de titán contra la peña del faro, deshaciéndose en blancos jirones. Ricardo pensó que así era su pasión; como las olas, había nacido de la nada, pequeña hasta el punto que sólo podía tomarse como una simpatía sin la cual se podría vivir perfectamente. Luego, poco á poco, fué creciendo hasta ocupar su corazón, y su sangre y su cerebro. Y ahora, la tenía allí, grande como el mar, infinita como el cielo, dueña absoluta de todo su sér, adueñándose de su pensamiento, poseyéndole de tal suerte, que ya no tenía voluntad para seguir el camino honrado que se había trazado en la vida. El primer relámpago de la tempestad brotó ante él en la panza obscura de una nube, desgarrándola de alto en bajo, como una cuchillada de fuego. El mar recibió la luz sobre sus lomos y se tiñó de amarillo. Una ola gigantesca estrellóse impetuosa contra el faro, haciendo subir su saliva hasta la linterna. Simultáneamente un trueno lejano retumbó en la soledad del piélagos. Pronto, tras un anochecer rapidísimo, vino la noche: negra, sin luna ni estrellas, con sólo el fulgor de las exhalaciones por claridad. Ricardo sintió frío en los huesos y en la sangre, y un calor de fuego en la frente. Cuando entró en el faro, comenzó á llover.

...

Estaba el matrimonio en la cocina. La *Roja* y el padre se habían acostado ya. La guardia de aquella noche le correspondía á Ricardo, y la Ramona, que siempre había tenido terror á los truenos, alargaba la hora del sueño en su habitación,

triste y solitaria, con su ventanuco al mar, en cuyos cristales muchas veces golpeaban las olas.

—¿Qué hora es ya?

—Las doce.

—¿Has recogido las gallinas?

La Ramona tembló como un niño á quien su padre cogiese en el acto de pecar. ¡Santa Virgen María! ¡Ni por lo más remoto se había acordado aquella noche de encerrar las aves!

—¡Se me ha *olvidado*!

La ira contrajo los maxilares del marido y le hizo apretar los puños. Dió un golpetazo sobre la mesa.

—Ahora mismo, ¿lo oyes? Ahora mismo, sales y metes las gallinas en el cubil...

—Ya sabes que tengo miedo á la tempestad.

—Más miedo debías tenerme á mí...

—A ti ¿por qué? ¿Qué mal me has hecho? Yo nunca te tuve miedo, porque no has sido muy malo conmigo... ¡Perores los hay! Unicamente cuando te veo hablar con... *esa*, siento como un golpe en el corazón... Pero no te digo nada porque lo comprendo todo muy bien... Yo me estoy muriendo; ella vende salud...

Se estremeció la torre de alto en bajo y una luz lívida pasó ante la ventana y sepultóse en el mar. Fué una centella que recogió el pararrayos. La mujer dió un grito. El hombre, á quien otra centella, en forma de idea mala, había herido el cerebro, se puso blanco y cerró los ojos.

—¡Vamos á encerrar las gallinas! —dijo.

Encendió un farol, echó á la mujer por delante, y

—Conmigo no tendrás miedo —murmuró.

—Contigo, no. Vamos.

Salieron. Sólo se veía el cuadriolongo que pintaba en el suelo la luz del farol. Sobre él pisaban ambos para no despeñarse.

—¡Qué frío! —dijo ella.

—¡Más frío hará ahí! —dijo él, señalando en la obscuridad al mar que batía furioso la roca.

La mujer, en un arrebato de terror, le arrancó el farol de las manos y se lo puso ante la cara.

—¡Dios te castigá! —gritó.

Ricardo la asió por un brazo. Bastó un empellón. Una ola envolvió á la mujer en su cúpula y la arrastró al abismo al retirarse.

No brilló un relámpago ni retumbó un trueno como en los dramones antiguos. Ante el crimen, diríase que los elementos, pasmados, se adormecieron y calmóse el viento, y cesó el llover y, arriba, en el cielo, por el desgarrón de una nube, asomó un trozo de luna, como un ojo acusador que todo lo hubiera visto.

ooo

El aire frío trajo hasta el faro una campanada, luego otra, después otra. Bien se notaba queocaban á muerto en la ciudad. Naturalmente que á las conciencias tranquilas poco podía importarles aquéllo, pero á las inquietas, á las rebeldes, á las martirizadoras como la de Ricardo, que no le dejaba descansar un segundo, ya lo creo que les importaba aquel son quejumbroso y lento...

El morder de la conciencia hacia poco que lo sentía Ricardo. Los primeros meses durmió tan tranquilo, á pierna suelta, soñando con la *Roja*

solamente. Más tarde, cuando se casó con ella, podía haber jurado que la tragedia de aquella noche de tempestad fué un sueño y hasta que ni siquiera había estado casado en su vida. Pero ahora sí. Lo mismo que el amor de la *Roja* nació en su alma, en un rinconcito pequeño e insignificante, para luego hacerse todopoderoso y arrollador, así le nacieron ahora el remordimiento y el sobresalto. Se despertó una noche porque creyó oír pasos en la habitación, en aquel mismo cuarto, con su ventanuco al mar, en cuyos cristales, muchas veces, golpeaban las olas. Mas hubo de dormirse en seguida convencido de que no había nadie y enterado de ver dormir á su lado á la *Roja*, tranquilamente.

Otro día tuvo, durante toda la jornada, el grito de la Ramona metido en los oídos. Y cada vez más. Ya no dormía ni se alimentaba. Ibasele la

cedor cruel que le roía las entrañas! Le puso los pelos de punta pensar en aquella noche que se le venía encima igualita á la otra, con sus truenos y su silbar del aire y aquellas olas como montañas que amenazaban tragarse el faro, y al suegro, y á la *Roja*, y á él...

—¿Vamos á dormir? —dijo la *Roja*.

—Tengo miedo á la noche...

—Eres un cobarde que no merecías ser marido mío.

—¡Vamos á dormir!

La mujer espabiló el candil y se echó en la antigua cama de matrimonio que fué regalo de los padres de la Ramona, cuando se casó con Ricardo. Frolenta, se tapó hasta los ojos y se encogió como una gata. El marido titibaba desnudándose.

Una ola inmensa cubrió el faro, apagando por un segundo su parpadeo de gigante. Saltó, hecho añicos el cristal del ventanuco, y una ráfaga de aire helado llegó hasta la cama.

—Pon algo ahí, que va á entrar el mar en la alcoba —dijo la mujer.

—¡Dios, qué noche!

Ricardo obedeció; puso en el agujero su pantalón y una almohada, hecho todo una pelota. El candil, que á poco si se apaga por el soplo del viento, reavivó chisporroteando.

Cuando se acostó el hombre al lado de la *Roja*, estaba helado como un muerto. Ella le dijo:

—Apaga la luz.

Contestó él:

—Déjala que brille, que parece acompañar á uno...

A poco llegó el sueño á los párpados de la *Roja* y se los cerró dulcemente. En los del marido no quiso posarse.

... Pasó la media noche. A eso de las dos, otro golpetazo de una ola desencajó de la ventana la ropa, dando paso al huracán.

De pronto, Ricardo, dió un brinco en la cama y quedó sentado, anhelante, con los brazos extendidos y los ojos desorbitados. En la pared se movía una sombra; era negra y larga, y á veces se detenía y semejaba mirar la cama nupcial.

—¡Oyes!... ¡Tú!...

La *Roja*, despabilada de pronto, refunfuñó:

—¿Qué te pasa?

—¡Mira!... ¡Allí!...

¡La Ramona!

En aquel momento la sombra parecía más ancha y más corta.

El grito bestial de la mujer resonó en el faro como una detonación.

Después, la *Roja* se quedó con la boca entreabierta y la mirada vidriosa y la cara blanca. Ricardo seguía sentado con los brazos en cruz y el cabello tieso sobre la frente.

Así los encontró el señor Juan cuando llegó á la alcoba á saber qué le había ocurrido á su hija.

—Pero ¿qué ha sucedido? —preguntó:

La *Roja* le señaló la pared.

—No veo más que la sombra de esa falda que tienes colgada ante el candil... —dijo el padre.

La moza quiso reír á carcajadas y no pudo, porque la sombra de la difunta se vengó de Ricardo paralizándole el corazón y helándole la sangre en las venas...

El resto de la noche lo pasaron la *Roja* y su padre amortajando al muerto y espabilando, de vez en vez, las cuatro mariposas que pusieron en los ángulos de la cama á guisa de cirios...



color del rostro y temblaban las manos, y le vagaba el mirar como á un poseído.

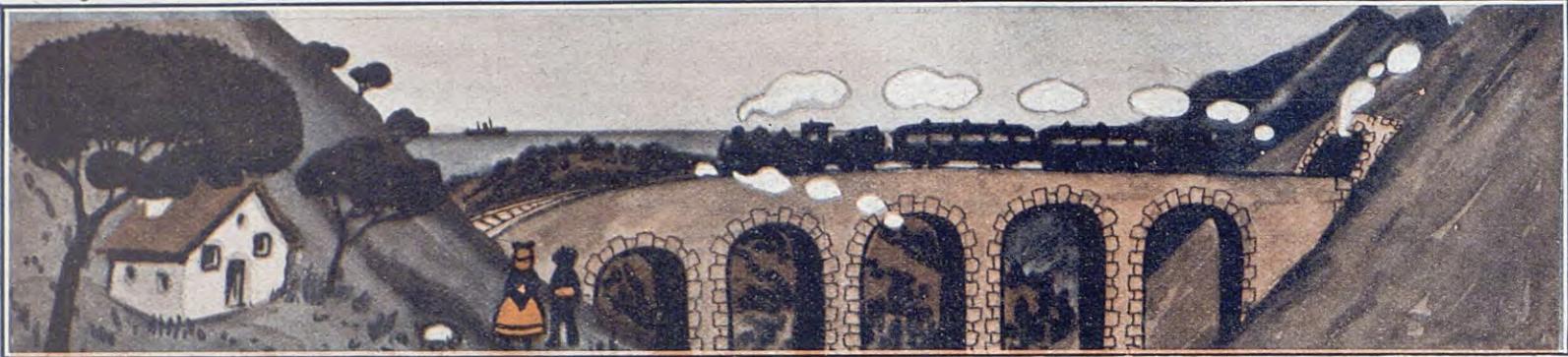
Tanto fué ello, que decidió que su suegro que estaba, ya iba para un año, en la ciudad, viñese á pasar una temporada al faro.

En tres ocasiones, en vez de llamar á su mujer por su nombre, la llamó con el de la otra. ¡Bien se vengaba la difunta! ¿Para qué cárcel, ni prensio, ni siquiera el palo? Todo aquello, gloria le parecía al infeliz, comparado con su mal. ¡Como que si supiera que aquella comezón se le quitaba dándose á la justicia, allá se hubiera ido hacia ya buena temporada!

¡Y los días pasados fueron dulcísimos compañeros con el presente!

Las campanadas aquellas tocando á muerto le ponían la carne de gallina, y ni un segundo dejó de tener á la difunta delante de él.

¡Cuántas veces miró al mar que se tragó á la Ramona, como al supremo consuelo de aquel tor-



ÉGLOGA

EL campo? ¡Qué cosa más horrible!—había clamado siempre Lilí. El campo es una cosa para bichos y salvajes—había añadido dogmática, con la profunda gravedad con que podría formular una sentencia inapelable.

Ella era muy *smart*, muy *snob*, muy *speh*, y no comprendía aquel *horrible* campo donde no había más que ovejas, vacas y pastores. Inútil que abuela Casilda pretendiese convencerla de que el mar es vario, cambiante y apasionado como un símbolo del alma humana; inútil que Fabián, su primo, aquel chico tan simpático, que es una verdadera lástima que, como á Don Quijote, le hubiesen chiflado los libros, diérale á leer las *Eglogas*, de Garcilaso y *Las Geórgicas*, de Virgilio. A ella, Garcilaso la aburría y Virgilio le parecía un lato, que levantaba dolor de cabeza. Lilí, en materia de campo, á lo más que llegaba era á los jardines colgantes de Babilonia, á los patios de rosas de los palacios de Saba y de Thadmxox, ó á las praderas del Trianón, y, todo, todo lo más, al jardín de Armida ó al de Aladino, y aun eso con cierta desconfianza, por lo que al *comfort* de tales lugares se refería. ¡Pero el campo de verdad! ¡Horror!... Si en el campo no es posible vestirse, ni hacer *sport* como es debido... Ni nada. ¿Y para qué sirve el campo, vamos á ver?

Lilí tenía una idea arbitraria de la vida, una idea muy artificial. Ella no comprendía más hielo que el del *Palais de Glace*, de Bruselas, hielo con temperatura de 28 grados; ni otros parterres que los de orquídeas de las exposiciones del gran Palais; ni otras montañas que las que se escalan con cremalleras en Suiza.

...

Pero he aquí que el rompiimiento con Pilín Fuentaura había sumido en un estado psicológico propicio á los mayores absurdos. Entonces cuadróse ante sí misma y decidió hacer una que fuese sonada, algo muy gordo, muy insólito, algo atroz.—¡Me voy al campo!—Para Lilí irse al campo era una cosa así como tirarse al río.—Estoy desengañada de todo!—aseguró muy seria á Charito, Chichita y Chuchín.

Entonces dedicóse con ahínco á los preparativos. Al campo, claro (¿qué duda cabe?) que no podía irse con los trajes de siempre; hacia falta *toiletes* especiales que uniesen á la sencillez un cierto *chic*; velos, sombreros, sombrillas, guantes... ¡Pues y el maquillaje! Con el *gardenia* era imposible la vida campesina. Necesitaba, por lo menos, un *Rachel* discreto que, respetando su rubia gracia de muñeca, le diese ese moreno tostado que rima á maravilla con la sangre de las

amapolas y el dorado de las mieses... Necesitaba...

...

Al fin, vióse en el campo, triste, malhumorada, aburrida. La abuela la acogió con una sonrisa levemente irónica; las gentes pueblerinas, ellas con sus gayos refajos innumerables y su moño de picaporte, ellos con sus paveros y sus fajas de múltiples vueltas, abrieron la boca pasmados ante la *señorita de Madrid*; los viejos criados de la casa parecieron compartir la burlona y silenciosa opinión de la vieja dama. ¡Dios mío, qué melancolía producía el campo! ¡Qué

aburrido era todo! La primera noche, sola frente á frente con la vieja—el primo Fabián, que, según decían, se reponía allí de su vida londinense, llevaba dos días de caza—apenas había abierto el libro de Maeterlink—ya no es moda que lean novelas las muñecas y lean amables ensayos filosóficos—, la dama anunció que era hora de acostarse.

—Yo pensaba leer hasta la una...—objetó débilmente.

—¡Bah! Lees en la cama—opuso la señora, que muy mujer de su casa, á la antigua, no comprendía subirse dejando luz y gente.

¡Justo! ¡Ya lo creo que leería!

Si se habrían creído que iba á acostarse con las gallinas! Pero, ya en el cuarto, la vela daba una luz medrosa que dejaba sombras en los rincones, se oía una polilla roer la madera de un mueble, y la casa entera era una caja sonora que repercutía los mil ruidos de la noche. Abrió la ventana; el mar, rumoroso y lejano, era solemnemente imponente con su monótona canción de eternidad, y Lilí, aterrada, acabó por desnudarse muy de prisa, santiguarse muchas, muchas veces, y apagar la luz, tapándose la cabeza con las sábanas, que oían á membrillo y manzana. Como tenía mucho sueño se durmió.

...

¡Nueve horas! Había dormido nueve horas... ¡Y eran las siete y media! Llamó al timbre, y no vino nadie; gritó, y lo mismo. Chapuzóse en agua fría, resignada á bajar al comedor, y vistióse mal (isola!). ¡Qué gloria de día! El mar, á lo lejos, espejeaba como un inmenso zafiro; el cielo era azul, el jardín florido, cantaban los pájaros. Bajó; el agua fría y el madrugón habían abierto el apetito, y bebióse un gran vaso de leche, comió huevos, pan, tortas, y luego, como allí todos trabajaban y nadie la hacía caso, renunció á ser interesante y fuése á pasear. Casi sentía ganas de correr y brincar. ¿Por qué no? En el campo...

¡Ay! ¡Qué vergüenza! Un cazador... Gesto de fuga... Menos mal que era el primo... Palabras galantes... ¡Y los mejores amigos del mundo!

...

Un mes después, en la *solana*, primo Joaquín, marcial en su velazqueño atavío de cazador, la interrogaba:

—¿Me quieres siempre, Lilí?

Ella hizo un mohín.

—Siempre... Con una condición: ¡que nos quedemos aquí!

Abuela, en la puerta, sonrió murmurando:

Qué descansada vida la del que huele del mundanal ruido.

Antonio DE HOYOS Y VINENT
DIBUJOS DE RAMÍREZ



FLORACIÓN DE PRIMAVERA



NINGUNO de los dos habla ya hace rato; se miran en silencio y sonríen; son esa risa y ese silencio de los enamorados, las fases más expresivas de sus diálogos.

En los ojos se concentra toda la emoción del instante; viven, sueñan, piensan, y los ojos, con una sola mirada rápida e intensa, comprendían, como una clave mágica, todo aquel mundo misterioso, imaginativo, irreal, nacido de la ilusión del amor, que pone en el cerebro locuras grandiosas y en el corazón lucha tumultuosa de latidos de fiebre.

Ella, un poco tímida y ruborosa, se refugia en la labor de sus manos, y sobre la tela blanca y tersurada en el aro del bastidor, ampara sus ojos, para alejar de ellos la imagen de los de él. Sus manos fingen sumirla en los complicados primores del bordado; pero su inocente argucia es tan delicada y frágil como la blanca hebra con que trama el lindo arreque del dibujo.

El sonríe contemplándola; sabe que una sola palabra suya interrumpirá, como un freno auto-

mático, aquel febril trajín de los deditos sonrosados:

—Volveré... si túquieres. Luego... cuando sea de noche.

Ella le mira, le dice con los ojos que vuelva, de día, de noche, cuando él quiera... porque él es quien manda.—Es la ilusión, el amor; ¿cómo va ella a fijar una hora, un instante, este o el otro momento, si en todos lo espera, en todos lo desea, en cada momento sueña y en cada hora de todas sus horas se nota el corazón más de él, más esclavo de su cariño?—Así, le habla con los ojos; pero la boca, disimuladora y riente, murmura con un gesto vago, encubridor de la sinceridad de sus ojos:

—No sé si podré... Si no tardas mucho...

El no tardará, porque desde este mismo instante ya no aguarda nada más que esa hora de la noche para volver ahí, bajo ese balcón, por donde ahora entra el sol y la alegría y el aliento fresco y aromado de la campiña hecha luz y flor de primavera.

Y ella aguardará, porque siempre le espera, y de nada vale que su boca finja y sus ojos huyan la mirada para recatar la verdad, porque el corazón no se miente a sí mismo, y dentro del corazón tiene el cariño de él, y cuando el corazón quiere, no obedece, sino manda.

Linos blancos, rebullones de telas bordadas, suaves y ligeros tejidos de hilo; la estancia parece un trozo de aquel cielo azul que por el balcón se vislumbra, donde las nubes, brillantes y fluidas, se apretujan y abullonan, y muestran, aquí y allá, las fantasías de la luz, hecha dibujos, en su impalpable trama.

En la estancia y en el campo es primavera, preludio del estío, y en los corazones de los dos enamorados ha puesto la iniciación del amor un ansia indefinible de bellas y soñadas floraciones, que, como las caricias de la luz sobre el enverdecido paisaje, sean para sus labios sabroso fruto de besos.

FERNANDO MOTA

DIBUJO DE ESPÍ

NUESTRAS
VISITAS

PEPE MONCAYO

Caminamos en silencio. Decididamente hacía frío. De pronto nos detenemos.

—¿Sabes, Pepe, una cosa? —le preguntamos.

—¿El qué?

—Que tú eres uno de los actores más completos que tiene nuestra escena.

Me miró asustado y desconfiado de nuestra sinceridad. Continuamos:

—Tú á mí me has hecho llorar y reír... No hay otro que haya conseguido esto. Ortas, por ejemplo, sólo me ha hecho reír... Tallaví me hizo llorar... Pero tú...

Luchando con el aire encendimos los cigarros. Después...

—A ti, ¿qué género te gusta más: lo cómico ó lo serio?

—Hombre, te diré—contestó el simpático actor, con una sinceridad fraternal—. Yo, sentirlo, siento más lo serio que lo cómico... Lo cómico es cosa mía... Yo soy un guasón chirigotero.

—¿Y en qué estás mejor?

—Titubeó un momento.

—Hombre, mira; yo no me sé medir; no me sé apreciar.

—¿En qué te gusta más que te aplaudan?

—En lo serio. Mi mayor goce es conmover á un auditorio que ha venido al teatro á divertirse.

—¿Cuál es el actor más admirado por tí?...

—Fueron dos—repuso rápido—: Julián Romea y Manolo Rodríguez.

Tomamos asiento en un banco invadido por el sol.

—Bueno; hablaremos de tu vida y de tu arte.

Nos interrumpió:

—Mi arte es una enfermedad hereditaria. Por parte de mi madre, todos fueron artistas. Mi pobre madre era una eminente ti-

po de zarzuela, que se llamó Manuela Cubas.

—¿Y tú desde chiquillo sentiste inclinación por el teatro?

—Desde que era un chaval. A los quince años trabajaba ya de segundo apunte

con D. Francisco Arderius, empresario de la compañía de bufos, que entonces actuaba en el Príncipe Alfonso.

—¿Y luego?

—Luego ya, de segundo apunte, me metí á corista, con catorce reales de sueldo. Eran compañeros míos con Cereceda, Manolo Rodríguez y Alejo Peral, y llegamos á ser como hermanos. Hacíamos una vida de bohemia que no quiero ni recordar... Nunca teníamos un céntimo. Casi no comíamos...

Algunos días se nos pasaron en claro. Cuando la compañía se trasladaba de un punto á otro, nosotros teníamos necesidad de salir á pie y sin dinero veinticuatro horas antes, para esperar el tren en una estación inmediata... Con este procedimiento evitábamos las grandes manifestaciones, á veces contundentes, de nuestros «ingleses»—patrona, zapatero, etc.—. Un día nos dimos cuenta de que con catorce reales no puede vivir ni un grillo y, confiados en nuestras aptitudes, nos emancipamos de la compañía, y Manolo Rodríguez, Alejo Peral, otro amigo desconocido y yo, formamos una especie de cuarteto, en el cual á mí se me repartían los papeles de mujer.

—¿De mujer?—comentamos sorprendidos.

—Sí, hijito. Yo tenía una voz de falso de tiple que quitaba la cabeza, un tipo cimbriante que narcotizaba y una cara bastante seductora.

Reímos la broma. Prosigió:

—Y como en aquella época era yo tan bonito, inspiraba unas pasiones lamentables y de consecuencias trágicas. En la provincia de Murcia, un señor me tomó en serio. Todos los días llegaba á mi cuarto un chico con un ramo de flores ó una epístola envenenada con sus proposiciones tentadoras.

—¿Pero la gente creía en serio que eras una dama?...

—Y tan en serio. Muchas veces paseaba yo por alguna calle provinciana y me encontraba con admiradores de la señorita Moncayo... Yo siempre, al hablar de ella, decía que era muy buena chica y tal vez demasiado honrada.

Otro señor, en Zaragoza, me hizo proposiciones que en nada tenían que envidiar á las que le hacen á mí compañera la señorita Hidalgo. Así, siendo yo la señorita Moncayo, estuvimos seis ó siete años, hasta que Manolo Rodríguez se vino á Madrid, y yo me quedé de segundo tenor cómico en Murcia. Allí me puse en tratos, completamente honestos, con un empresario madrileño, y vine á la corte el 93.

—¿A qué teatro?

—Al Moderno. Debuté con *El cabo baqueta* y *El monaguillo*. Hice allí la

temporada de primavera y después pasé al Príncipe Alfonso.

Entonces comencé á destacarme, pues estrené, con gran éxito, *Campanero y sacristán*, ya de primer actor.

Después... ya lo sabes tú: á la Zarzuela, á Apolo, y así rodando por los teatros buenos.

—¿En qué obras te ha aplaudido más el público?

—Meditó un momento...

—Hombre, no sé... En muchas. Tal vez en *La Maja* y en *El gaitero*.

—Y de todas las que has representado, ¿cuál es la que más te gusta?...

—¡Caramba, qué preguntita! A mí me gustan todas. Por-

EL SIMPÁTICO PEPE MONCAYO

El día nos había engañado.

Detrás del mirador, la mañana era un ascua de oro. El sol bajaba hasta las aceras, bañándolas en luz dorada, luz de verano. Pero salimos á la calle y fué la decepción... Hacía un aire frío que cortaba los huesos. Entonces nos reímos de nuestro traje de gabardina, y un momento más tarde del de Pepe Moncayo, que, arreido, con el cuello de la americana levantado y el mentón hundido en el pecho, nos esperaba, arrebiado al sol, en un banco del Retiro.

—Chico, ¿has visto? —nos dijo al estrechar nuestra mano helada—. Nos ha tomado el pelo el sol. Estamos en Junio y hace un día de Enero... Yo creo que ya debemos estar copados por un batallón de soldados de Nápoles.

—¿Eres muy friolero?...

—Hombre, por tu salud; si soy malagueño; figúrate. Comenzamos á caminar buscando los jirones de sol que, á través de los árboles, se dibujaban en el suelo.

Sería ridículo describir á Pepe Moncayo... ¿Quién no se ha reído viéndole en el tablado histrónico...? En el trato particular, el rasgo más acusado de su espíritu es la simpatía; esa simpatía subyugadora que nos inspiran los hombres ingenuos, infantiles, de alma transparente, que hablan sin previa meditación; que dicen de cualquier manera y en cualquier momento lo que sienten. En el terreno de la amistad, Pepe Moncayo tiene gracia—esa gracia fina, que sólo produce Andalucía—; pero no es bufón, ni apela á recursos ridículos para hacer reír.



ple de zarzuela, que se llamó Manuela Cubas.

—¿Y tú desde chiquillo sentiste inclinación por el teatro?

—Desde que era un chaval. A los quince años trabajaba ya de segundo apunte

con D. Francisco Arderius, empresario de la compañía de bufos, que entonces actuaba en el Príncipe Alfonso.

—¿Y luego?

—Luego ya, de segundo apunte, me metí á corista, con catorce reales de sueldo. Eran compañeros míos con Cereceda, Manolo Rodríguez y Alejo Peral, y llegamos á ser como hermanos. Hacíamos una vida de bohemia que no quiero ni recordar... Nunca teníamos un céntimo. Casi no comíamos... Algunos días se nos pasaron en claro. Cuando la compañía se trasladaba de un punto á otro, nosotros teníamos necesidad de salir á pie y sin dinero veinticuatro horas antes, para esperar el tren en una estación inmediata... Con este procedimiento evitábamos las grandes manifestaciones, á veces contundentes, de nuestros «ingleses»—patrona, zapatero, etc.—. Un día nos dimos cuenta de que con catorce reales no puede vivir ni un grillo y, confiados en nuestras aptitudes, nos emancipamos de la compañía, y Manolo Rodríguez, Alejo Peral, otro amigo desconocido y yo, formamos una especie de cuarteto, en el cual á mí se me repartían los papeles de mujer.

—¿De mujer?—comentamos sorprendidos.

—Sí, hijito. Yo tenía una voz de falso de tiple que quitaba la cabeza, un tipo cimbriante que narcotizaba y una cara bastante seductora.

Reímos la broma. Prosigió:

—Y como en aquella época era yo tan bonito, inspiraba unas pasiones lamentables y de consecuencias trágicas. En la provincia de Murcia, un señor me tomó en serio. Todos los días llegaba á mi cuarto un chico con un ramo de flores ó una epístola envenenada con sus proposiciones tentadoras.

—¿Pero la gente creía en serio que eras una dama?...

—Y tan en serio. Muchas veces paseaba yo por alguna calle provinciana y me encontraba con admiradores de la señorita Moncayo... Yo siempre, al hablar de ella, decía que era muy buena chica y tal vez demasiado honrada.

Otro señor, en Zaragoza, me hizo proposiciones que en nada tenían que envidiar á las que le hacen á mí compañera la señorita Hidalgo. Así, siendo yo la señorita Moncayo, estuvimos seis ó siete años, hasta que Manolo Rodríguez se vino á Madrid, y yo me quedé de segundo tenor cómico en Murcia. Allí me puse en tratos, completamente honestos, con un empresario madrileño, y vine á la corte el 93.

—¿A qué teatro?

—Al Moderno. Debuté con *El cabo baqueta* y *El monaguillo*. Hice allí la

temporada de primavera y después pasé al Príncipe Alfonso.

Entonces comencé á destacarme, pues estrené, con gran éxito, *Campanero y sacristán*, ya de primer actor.

Después... ya lo sabes tú: á la Zarzuela, á Apolo, y así rodando por los teatros buenos.

—¿En qué obras te ha aplaudido más el público?

—Meditó un momento...

—Hombre, no sé... En muchas. Tal vez en *La Maja* y en *El gaitero*.

—Y de todas las que has representado, ¿cuál es la que más te gusta?...

—¡Caramba, qué preguntita! A mí me gustan todas. Por-

Julián Romea y Manolo Rodríguez.

Tomamos asiento en un banco invadido por el sol.

—Bueno; hablaremos de tu vida y de tu arte.

Nos interrumpió:

—Mi arte es una enfermedad hereditaria. Por parte de mi madre, todos fueron artistas. Mi pobre madre era una eminente ti-

po de zarzuela, que se llamó Manuela Cubas.

—¿Y tú desde chiquillo sentiste inclinación por el teatro?

—Desde que era un chaval. A los quince años trabajaba ya de segundo apunte

con D. Francisco Arderius, empresario de la compañía de bufos, que entonces actuaba en el Príncipe Alfonso.

—¿Y luego?

—Luego ya, de segundo apunte, me metí á corista, con catorce reales de sueldo. Eran compañeros míos con Cereceda, Manolo Rodríguez y Alejo Peral, y llegamos á ser como hermanos. Hacíamos una vida de bohemia que no quiero ni recordar... Nunca teníamos un céntimo. Casi no comíamos...

Algunos días se nos pasaron en claro. Cuando la compañía se trasladaba de un punto á otro, nosotros teníamos necesidad de salir á pie y sin dinero veinticuatro horas antes, para esperar el tren en una estación inmediata... Con este procedimiento evitábamos las grandes manifestaciones, á veces contundentes, de nuestros «ingleses»—patrona, zapatero, etc.—. Un día nos dimos cuenta de que con catorce reales no puede vivir ni un grillo y, confiados en nuestras aptitudes, nos emancipamos de la compañía, y Manolo Rodríguez, Alejo Peral, otro amigo desconocido y yo, formamos una especie de cuarteto, en el cual á mí se me repartían los papeles de mujer.

—¿De mujer?—comentamos sorprendidos.

—Sí, hijito. Yo tenía una voz de falso de tiple que quitaba la cabeza, un tipo cimbriante que narcotizaba y una cara bastante seductora.

Reímos la broma. Prosigió:

—Y como en aquella época era yo tan bonito, inspiraba unas pasiones lamentables y de consecuencias trágicas. En la provincia de Murcia, un señor me tomó en serio. Todos los días llegaba á mi cuarto un chico con un ramo de flores ó una epístola envenenada con sus proposiciones tentadoras.

—¿Pero la gente creía en serio que eras una dama?...

—Y tan en serio. Muchas veces paseaba yo por alguna calle provinciana y me encontraba con admiradores de la señorita Moncayo... Yo siempre, al hablar de ella, decía que era muy buena chica y tal vez demasiado honrada.

Otro señor, en Zaragoza, me hizo proposiciones que en nada tenían que envidiar á las que le hacen á mí compañera la señorita Hidalgo. Así, siendo yo la señorita Moncayo, estuvimos seis ó siete años, hasta que Manolo Rodríguez se vino á Madrid, y yo me quedé de segundo tenor cómico en Murcia. Allí me puse en tratos, completamente honestos, con un empresario madrileño, y vine á la corte el 93.

—¿A qué teatro?

—Al Moderno. Debuté con *El cabo baqueta* y *El monaguillo*. Hice allí la

temporada de primavera y después pasé al Príncipe Alfonso.

Entonces comencé á destacarme, pues estrené, con gran éxito, *Campanero y sacristán*, ya de primer actor.

Después... ya lo sabes tú: á la Zarzuela, á Apolo, y así rodando por los teatros buenos.

—¿En qué obras te ha aplaudido más el público?

—Meditó un momento...

—Hombre, no sé... En muchas. Tal vez en *La Maja* y en *El gaitero*.

—Y de todas las que has representado, ¿cuál es la que más te gusta?...

—¡Caramba, qué preguntita! A mí me gustan todas. Por-

Julián Romea y Manolo Rodríguez.

Tomamos asiento en un banco invadido por el sol.

—Bueno; hablaremos de tu vida y de tu arte.

Nos interrumpió:

—Mi arte es una enfermedad hereditaria. Por parte de mi madre, todos fueron artistas. Mi pobre madre era una eminente ti-

po de zarzuela, que se llamó Manuela Cubas.

—¿Y tú desde chiquillo sentiste inclinación por el teatro?

—Desde que era un chaval. A los quince años trabajaba ya de segundo apunte

con D. Francisco Arderius, empresario de la compañía de bufos, que entonces actuaba en el Príncipe Alfonso.

—¿Y luego?

—Luego ya, de segundo apunte, me metí á corista, con catorce reales de sueldo. Eran compañeros míos con Cereceda, Manolo Rodríguez y Alejo Peral, y llegamos á ser como hermanos. Hacíamos una vida de bohemia que no quiero ni recordar... Nunca teníamos un céntimo. Casi no comíamos...

Algunos días se nos pasaron en claro. Cuando la compañía se trasladaba de un punto á otro, nosotros teníamos necesidad de salir á pie y sin dinero veinticuatro horas antes, para esperar el tren en una estación inmediata... Con este procedimiento evitábamos las grandes manifestaciones, á veces contundentes, de nuestros «ingleses»—patrona, zapatero, etc.—. Un día nos dimos cuenta de que con catorce reales no puede vivir ni un grillo y, confiados en nuestras aptitudes, nos emancipamos de la compañía, y Manolo Rodríguez, Alejo Peral, otro amigo desconocido y yo, formamos una especie de cuarteto, en el cual á mí se me repartían los papeles de mujer.

—¿De mujer?—comentamos sorprendidos.

—Sí, hijito. Yo tenía una voz de falso de tiple que quitaba la cabeza, un tipo cimbriante que narcotizaba y una cara bastante seductora.

Reímos la broma. Prosigió:

—Y como en aquella época era yo tan bonito, inspiraba unas pasiones lamentables y de consecuencias trágicas. En la provincia de Murcia, un señor me tomó en serio. Todos los días llegaba á mi cuarto un chico con un ramo de flores ó una epístola envenenada con sus proposiciones tentadoras.

—¿Pero la gente creía en serio que eras una dama?...

—Y tan en serio. Muchas veces paseaba yo por alguna calle provinciana y me encontraba con admiradores de la señorita Moncayo... Yo siempre, al hablar de ella, decía que era muy buena chica y tal vez demasiado honrada.

Otro señor, en Zaragoza, me hizo proposiciones que en nada tenían que envidiar á las que le hacen á mí compañera la señorita Hidalgo. Así, siendo yo la señorita Moncayo, estuvimos seis ó siete años, hasta que Manolo Rodríguez se vino á Madrid, y yo me quedé de segundo tenor cómico en Murcia. Allí me puse en tratos, completamente honestos, con un empresario madrileño, y vine á la corte el 93.

—¿A qué teatro?

—Al Moderno. Debuté con *El cabo baqueta* y *El monaguillo*. Hice allí la

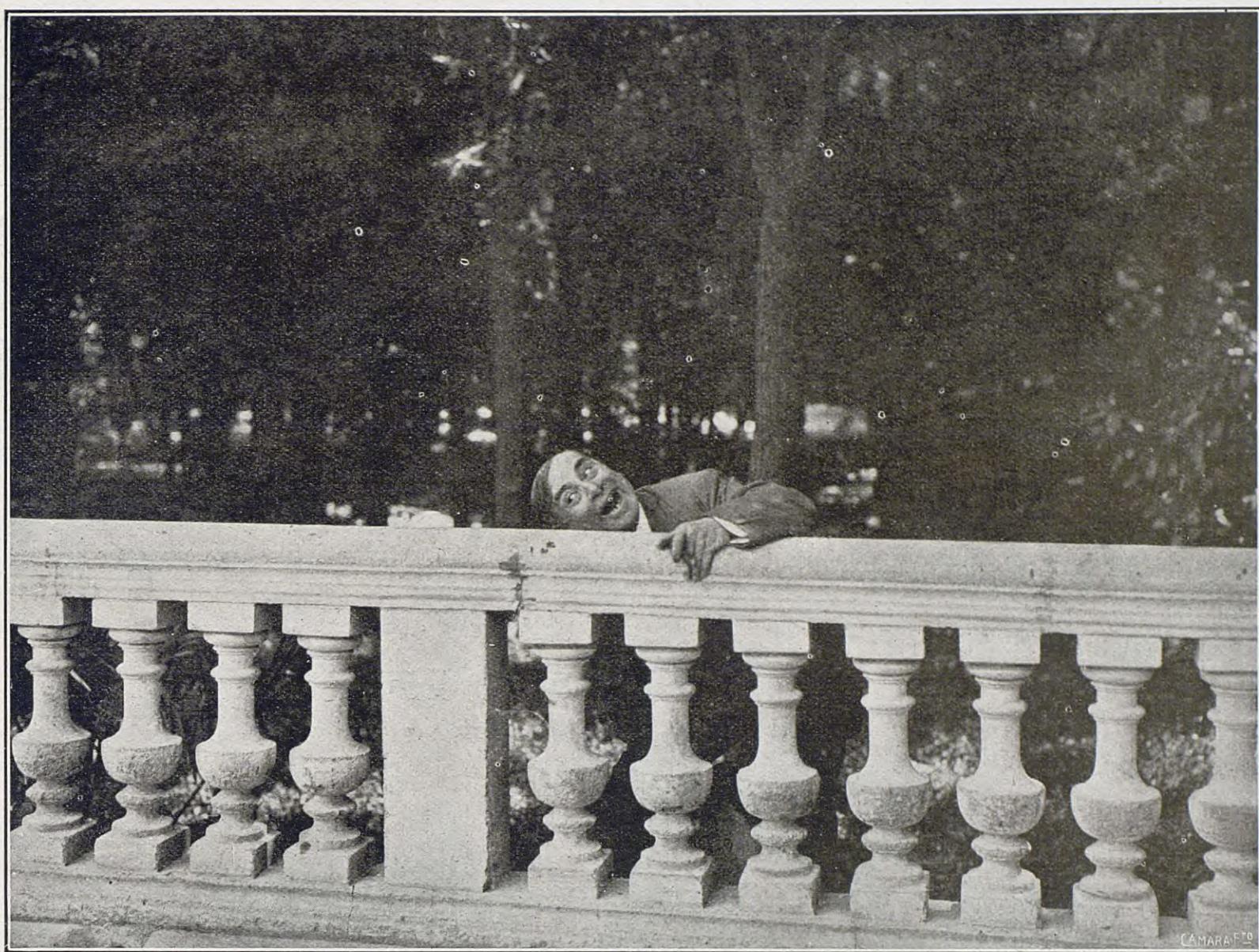
temporada de primavera y después pasé al Príncipe Alfonso.

Entonces comencé á destacarme, pues estrené, con gran éxito, *Campanero y sacristán*, ya de primer actor.

Después... ya lo sabes tú: á la Zarzuela, á Apolo, y así rodando por los teatros buenos.

—¿En qué obras te ha aplaudido más el público?

—Meditó un momento...



Pepe Moncayo haciendo la rana

CAMARA FOTO

que yo he nacido para hacer comedias... Créeme; cuando no trabajo, estoy triste; me falta mi segunda naturaleza.

—En escena, ¿estás inquieto?

—No; yo en escena estoy tan tranquilo. Tengo una confianza absoluta en mi público.

—En tu vida particular, ¿eres alegre?

—Mucho. Siempre estoy de broma y de chirigota.

—¿Cuáles son tus vicios?

—Ninguno; es decir—corrigió—, fumar mucho y jugar a las caramolas.

—¿Tendrás mucho dinero ahorrado?

—Ni una *gorda*. Yo odio al dinero y él me odia a mí. No hay quien le haga juntarse conmigo.

—Pues has ganado y ganas mucho.

—Sí, pero me han acosado las desgracias; a mi mujer la tengo desde hace dos años enferma. Tú no sabes lo que es esto.

—¿Tienes hijos?

—Tengo una chicuela de siete años, morena y fea como yo; pero la quiero como a un pedazo de mi corazón.

—¿Cuál es el momento más triste que has tenido en tu vida?

—El más desgraciado, mi viaje a América. ¿Te acuerdas?

Asentimos.

—Aquel Pastor, que Dios haya perdonado, me sacó de Apolo, en donde yo estaba queridísimo, y me embarcó engañado. Allí supe que no tenía un céntimo; pero ya era tarde. En la frontera de Chile y Perú me encontré sin un perro... Llegué hasta a pasar por el angustioso caso de no tener para comer durante cuarenta y ocho horas. ¡No lo quiero recordar!... Pero aquello fué un castigo del cielo, por mi ambición; yo jamás debí abandonar mi Madrid, ni mi teatro de Apolo, en donde tanto se me mimaba.

—De no ser actor, ¿qué hubieses deseado ser?

—Torero... Yo no soy torero por casualidad: porque la Guardia civil, por orden de mi padre,

torció mi inclinación, *majándome* a palos. Le tenía más miedo a los tricornios que a los miuras. Yo, de pequeño, iba a todas las capeas y viajaba debajo de los asientos del tren, con mi llo por almohada. Toreé mucho y, a ratos, bien. Estoy lleno de cicatrices. Mira ésta—con el índice se señalaba un costurón que tiene en la cara—, pues esta herida me la hizo un toro en Murcia, en una corrida de Beneficencia.

—Y dime: ¿cuáles son los toreros que más te gustan?

—De los de mi tiempo, *Guerrita*; de los de ahora, *Joselito*. Yo no faltó casi nunca a los toros, y soy un aficionado serio.

—¿Ante qué público trabajas más a gusto?

—En Madrid!

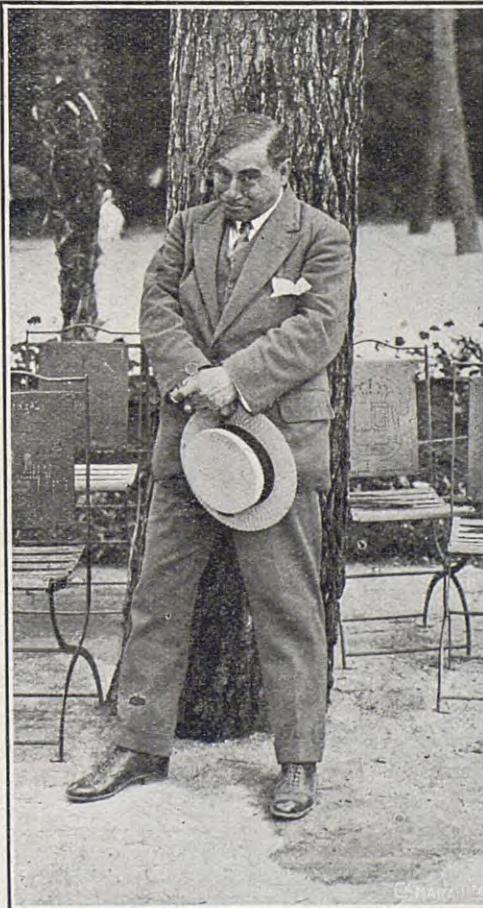
—¿Y a qué teatro quieras más?

Dudó unos momentos...

—Apolo; yo en Apolo pasé mi juventud, y en su escenario tuve las primeras horas de éxito. Esto no se puede olvidar.

—¿Te ha gritado mucho el público?

—Mucho... muchísimo—contestó con ingenua sinceridad—. ¡Oh! Cuando era principiante estaba empavonado de gritos. Escucha una cosa que no tiene nada que ver con eso, pero que demuestra mi situación de entonces: Una vez íbamos Manolo Rodríguez y yo por las ramblas de Barcelona con un flato y una indumentaria de héroes. Completamente desastrados. De pronto vemos a la gente correr y después a dos guardias, que se venían sobre nosotros. Nos detuvieron y nos mataron. A mí sólo se me ocurrió pensar que aquello era una solución de la Providencia; ¡nos darían de comer!... Y era que acababan de robar en una joyería, y al ver la gente y los guardias nuestra lamentable *pinta*, nos tomaron por los ladrones... Desgraciadamente, el error se deshizo a tiempo... antes de que nos *echaran* de comer. Reímos. Y Moncayo hizo la rana.



Moncayo, pensativo

FOTS. CAMPÚA

EL CABALLERO AUDAZ



HORAS DE AMOR

VISPERAS

En vísperas de fiesta, junto á la colegiata,
vimos al campanero... Dijimos: «¡Campanero,
sube hasta el campanil nuestro amor y, en la grata
placidez, será un pájaro que anide en el aterol!»

Nos guió el campanero... ¡Divina escalinata
de caracol!... Ya, arriba, sonó el din dan primero...
Y, en tanto el campanero levantó su cantata
de campanas de plata, y en tanto que el lucero
vespertino—cuaj perla de rocío, en la rosa
de los cielos, brillaba—, y en tanto que la brisa
de la tarde agitaba los rizos en tus sienes,
acaso alguna mano nos señaló curiosa
y alguien dijo, al ver cómo besaba tu sonrisa:
«¿Quiénes serán aquellos que se han besado; quiénes?»

PATÉTICA

El entierro aldeano, la tarde de tormenta,
dieron á nuestras almas tristeza y humildad.
Se ahílaban el cortejo á una luz macilenta,
sienta del camposanto: flores y soledad.

Se oía el Miserere, y en banda turbulenta
pasaron los vencejos. Fulgiró una claridad.
Mi amada estaba pálida... Lloró el Amor la afrenta
de la Muerte en la torva tarde de tempestad!

Separados, cuaj sombras pegadas á los muros,
vimos entre nosotros la comitiva errante,
el ataúd, cuaj barea que va en busca de un puerto.
Bajábamos los ojos, tímidos é inseguros.
La Muerte entre el Amor pasaba... Y un instante
nos mirábamos los dos por encima del muerto.

CREPÚSCULO

Nuestra estancia es silencio, claror tenue y olvido
de la vida... No somos unidos más que un ser...
Nos parece no ser todo lo que hemos sido...
¡Silencio en esta vaga luz del atardecer!

Palpitán nuestros pechos con el mismo latido,
sin temor al mañana, sin mirar al ayer.
Ella dice divinas palabras á mi oído,
y hoy es cuando he sabido á qué sabe querer!

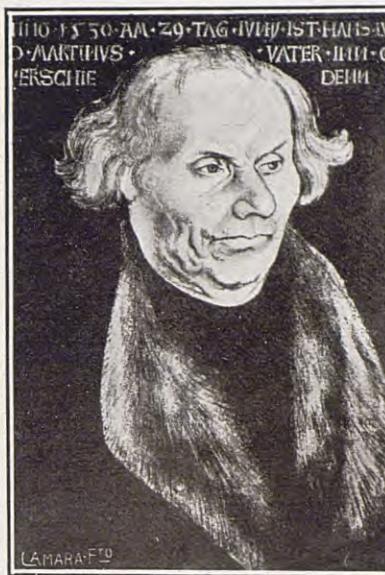
Están llenos de pájaros los árboles del huerto
que acarician los vidrios de la ventana... Elia,
sus cabellos de oro en mi hombro reclina,
y parece remota, como si hubiera muerto:
Como si su alma fuese el fulgor de una estrella
que se asoma á buscar la novia golondrina.

José CAMINO NESSI

DIBUJO DE MARÍN

1517 - WITTEMBERG - 1520

LOS CENTENARIOS DEL PROTESTANTISMO

MARTÍN LUTERO
en el año 1533HANS y MARGARITA
Padres de LuteroCATALINA DE BOZA
Esposa de Lutero

(Retratos del pintor alemán Lucas Cranach)*

La guerra ha sido causa de que haya pasado sin esplendorosas conmemoraciones la fecha del 31 de Octubre de 1917, cuarto centenario del primer acto de audaz rebeldía, realizado en Wittemberg por Martín Lutero. Acaso los reformistas alemanes, ingleses y yanquis, que hoy luchan enconadamente en los campos franceses, aplacen celebrar este centenario para el 10 de Diciembre de 1920, aniversario de aquel día trágico, que tanta sangre costara á Europa; día en que llegó á Wittemberg la bula *Ex surge*, en la que León X fulminaba la excomunión contra Lutero, quien, arrebatado de ira y enloquecido de soberbia, la arrojó al fuego en la escalinata de entrada del convento de Wittemberg.

Los centenarios del protestantismo están, realmente, comprendidos entre esas dos fechas de la iniciación y la consumación de la herejía. Luego, cuando Lutero muere, en 1546, en la pesada noche que siguió á una de sus cenas pantagruélicas, ya el protestantismo apenas le pertenece. Ni es su doctrina ni es su obra. Es la obra de numerosos intereses, que encontraron amparo en las predicaciones del libre examen.

Pero ahora, cuando padece Europa el azote de la guerra más cruel que ha conocido en los siglos; cuando se mira con inquietud al porvenir, que nadie se atreve á descifrar, los centenarios del protestantismo, cualquiera fuera la fecha de ellos que se escogiese, significarían una obra política más que una conmemoración religiosa. Así comienzan á transcurrir calladamente las efemérides de la vida de Lutero, que en días de paz, si no se hubiesen roto las relaciones entre Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos, se hubieran solemnizado con resonantes fiestas.

¿La guerra ha producido una reacción en la conciencia protestante no alemana? ¿Hay fuera de Alemania muchos creyentes del libre examen que comienzan á ver en los resplandores de la guerra, ante el espectáculo de desolación y de muerte, que la obra de Lutero fué una obra política antes que una obra religiosa?

Ninguno de los anteriores cismas que habían perturbado á la iglesia encarnaba el espíritu de una raza. Los cristianos de Oriente vivieron siempre alejados, mejor dicho, caminaban paralelamente á la Iglesia Romana. Bizancio, en realidad, fué otro polo del catolicismo. En cambio, el alma teutona se sentía sometida á la civilización latina. El Pontificado era como una espléndida flor de toda la vida mediterránea, de toda su historia, de su sentido de la belleza, de sus tradiciones luminosas; dijérase que el lago fenicio y cartaginés, egipcio y heleno, gallo ibero, romano y hebreo, se había hecho cristiano enteramente y había acomodado el ideal austero, germinado en Judea, á su plenitud de luz, de color y de alegría. Y, dogmáticamente, Germa-

nia estaba sometida á esta luz latina. Ya otras herejías habían conmovido profundamente al pueblo alemán; pero si los valdenses, wideffistas y hussitas no habían triunfado, es porque habían limitado su escisión con Roma á puntos dogmáticos. Ninguno, como Lutero, creaba una Iglesia nacional, una Iglesia alemana, una Iglesia antilatina.

No es esta la primera vez que se hace esta observación. Menéndez Pelayo la expone con toda precisión. «La propagación rápida del protestantismo—dice en su *Historia de los Heterodoxos*—ha de atribuirse, entre otras causas, al odio inveradero de los pueblos del Norte contra Italia; á esa antipatía de razas, que explica gran parte de la historia de Europa, desde la invasión de los bárbaros hasta las luchas del sacerdocio y del Imperio ó cuestión de las investiduras, y desde ésta hasta la Reforma. En los germanos corre siempre la sangre de Arminio, el que destruyó las legiones de Varo. Hay en ellos una tendencia á la división, que ha tropezado siempre con la unidad romana y la unidad católica.» Esta misma observación la hace el P. Bernard, en su estudio titulado *Lutero y el espíritu de su raza*, y está también en nuestro Donoso Cortés y en nuestro Balmes. La precisa aun más el mismo Menéndez Pelayo, cuando escribe: «Se me replicará que Erasmo, Ulrico de Hütten, Melanchthon y Joaquín Camerario eran humanistas; y yo respondo: que antes que humanistas eran germanos, ó como en Italia se decía, bárbaros, lo cual se conoce hasta en la pesadez de su latín y en lo plúmbeo de sus gracias. Faltábales el

verdadero sentimiento de la belleza clásica, y sobrables mala y envidiosa voluntad contra las grandezas del Mediodía. Y aun lo que tuvieron de humanistas les impidió caer en ciertas exageraciones y extravagancias, propias de Lutero y otros sajones de pura raza. A Erasmo impidió su buen gusto unirse con los reformadores, y aunque Melanchthon cayó, deslumbrado (como joven que era) por el prestigio y facundia de Lutero, anduvo toda su vida descontento y vacilante, censurando todas las violencias de sus correligionarios; lo cual puede atribuirse, tanto como á lo apacible de su indole, al culto asiduo que tributó á la belleza griega.» Esté este pensamiento arraigado en los mismos alemanes. Su historiador predilecto, Treitschke, según ha escrito recientemente Antón y Gómez, «admira y adora en Lutero, no sólo á un gran reformador, sino, además y sobre todo, á un gran alemán y, más exactamente, á un gran profeta prusiano». Libró al Imperio de la dominación de la Iglesia. Otro escritor alemán, Maur. Muret, en su libro *El orgullo alemán*, dice: «El Imperio, enfermo, halló en la Reforma la medicina que acertó a curarlo.»

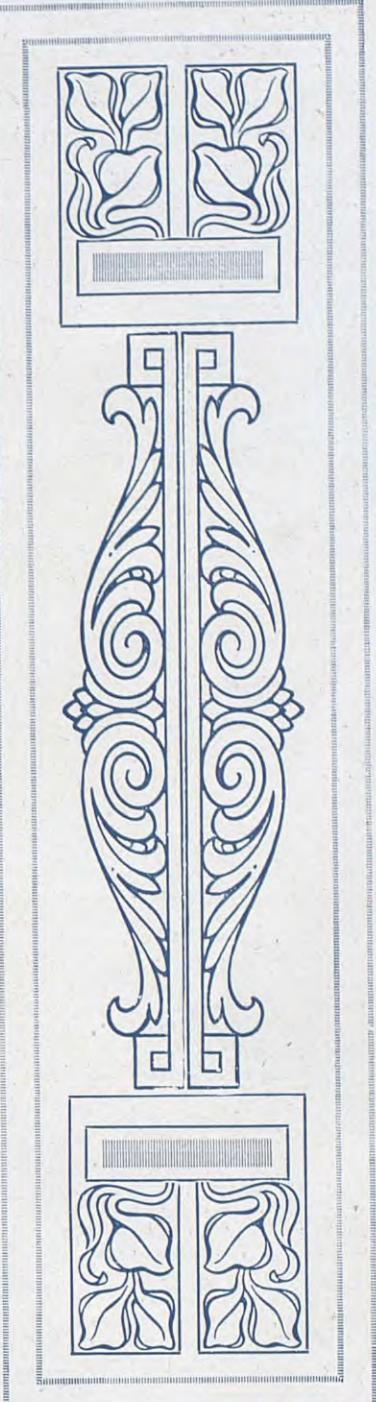
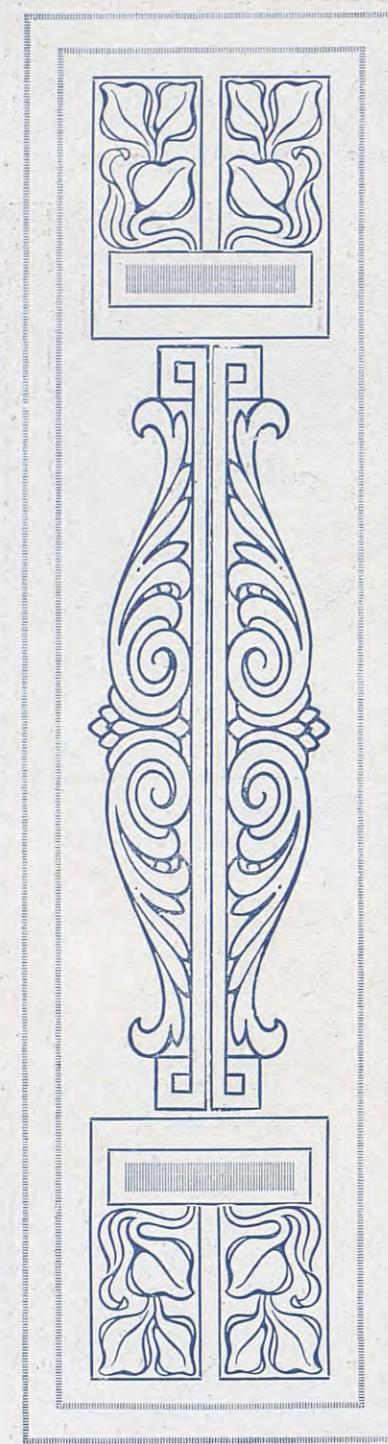
Así, pues, aun sin la ambición de los príncipes alemanes, que se vieron dueños de los bienes de aquella Iglesia y libres de las impedimentas del Papa; aun sin la sanción moral de todos los libertinajes; aun sin los intereses políticos que se ampararan en la nueva doctrina, el luteranismo se hubiera apoderado del corazón de toda Alemania. Hasta el mismo general von Bernhardi, en su obra *Alemania y la próxima guerra*, expresa esta idea: «El protestantismo—dice—fué desde sus orígenes la lucha alemana contra el latinismo.»

Fuera de Alemania, en los países del Norte que aceptaron la Reforma, como Suecia y Noruega, por causas geográficas, por contagio, por comunidad de espíritu norteño y afinidad de raza, la figura de Lutero, su pensamiento y su vida sin freno, son hace tiempo discutidos y aquilatados. Dijérase que, fuera de Alemania, Lutero no existe; no ya no se le admira, sino que no se le respeta. Como pensador, es un retórico vocinglero; como hombre, un saco de vicios. Pero el luteranismo alienta aún, cambiado, trastocado, modificado, rige aún millones de conciencias. El término de la guerra, ¿producirá una revisión de la fe en el norte de Europa? Inglaterra y los Estados Unidos, ¿seguirán siendo luteranos, esto es, alemanes? ¿Asistiremos el 10 de Diciembre de 1920 al cuarto centenario de la rebeldía de Wittemberg ó se dejará pasar en silencio esta fecha dolorosa, que tanta sangre costara desde entonces á Europa?



MELANCHTHON en 1543

MÍNIMO ESPAÑOL



LA LABRANZA EN NIVERNAIS, cuadro de Rosa Bonheur, que ha figurado en la reciente Exposición de Pintura Francesa, en el Retiro

ROSA BONHEUR

Sí esta incompleta y desquiciada *Exposición de Pintura Francesa*, que no ha visto nadie y ha desdoblado todo el que no perteneciera al «Comité de Aproximación»—¡Alejamiento, diría yo!—franco-español, no representa la pintura francesa hasta 1918, tampoco representa la pintura francesa nada más que a partir de 1870, según había prometido.

Hubo obras muy anteriores a 1870 en el desdichado conjunto que tan moderno les parece a los Sres. Bilbao, Villegas y Dawant. Encontramos, por ejemplo, la *Vista de Venecia*, de Ziem, que figura en el Salón de 1852; *La Malaria*, de Hébert (Salón de 1850); *Las espigadoras*, de Julio Bretón (1853); *La labranza en Nivernais*, de Rosa Bonheur, que obtuvo primera medalla y fué adquirido por el Estado en el Salón de 1849, y otras menos importantes.

Lo peor es que hayan elegido precisamente a pintores de segundo orden, y en cambio se prescinda de otros contemporáneos suyos e infinitamente decisivos en la evolución de la pintura francesa durante el siglo xix.

No pedimos Ingres, ni Delacroix, ni Gericault, ni Decamps, ni siquiera Corot, temiendo que, si retrocedemos demasiado a los principios del siglo xix, resultara más grotesca todavía esa fecha primera del ciclo arbitrario e incompleto del Comité franco-español. Pero ¿por qué no han venido obras de Rousseau, Diaz y Daubigny? ¿Por qué no se ha pensado que habría sido interesante ver, junto a los bueyes y los rebaños, corderíos de Rosa Bonheur, los lienzos simejantes de Troyon y de Jacque?

No imaginaron indispensable el anacronismo de Ziem, Bretón y Hébert en una Exposición de 1870 a 1918, y no observaríamos la ausencia de Chassériau, el amado de los dioses por su óbito prematuro, a quien se debe tal vez las sendas orientaciones idealistas de Puvis de Chavannes y Gustavo Moreau. No tendríamos que reprochar la falta de Courbet y de Millet, los iniciadores del realismo moderno en la pintura francesa. Un solo cuadro de cualquiera de estos

dos maestros vale por todas las obras juntas de los que, anteriores al famoso ciclo, figuraron en la Exposición del Retiro.

ooo

Rosa Bonheur es una figura interesante. Desde luego, entre los cinco ó seis cuadros «rescatados» para la Exposición del Retiro, *La labranza nivernesa* es el más importante.

Rosa Bonheur evoca en nosotros el recuerdo de la George Sand, vestida de hombre y recluida, en sus últimos años, en Nohant para escribir libros de un ruralismo doctrinario y exaltado. Jorge Sand está hoy día muy lejos de nosotros. Rosa Bonheur, también. Pero vemos con cierta simpatía los cuadros de esta última, mientras nos sería absolutamente imposible leer ningún libro de la enfadosa devoradora de Musset y de Chopin.

Si la escritora en su vejez, y la pintora siempre, reflejaron en sus obras la campesina paz, los ambientes de labriegos y la vida ruda y sencilla de granjas y masías, Jorge Sand empleaba los animales compañeros del hombre, las dulces bestias de labor y pastoreo, como elementos secundarios. Rosa Bonheur prescindió, en cambio, del hombre ó le utilizó como detalle complementario. En cambio, prestó a los animales toda su atención.

Rosa Bonheur es el animalista más destacado entre los pintores franceses. Así como Barye lo es entre los escultores.

Constancio Troyon y Carlos Jacque rivalizan con ella en el propósito de franciscano amor a los humildes e inferiores hermanos del hombre. Los tres artistas evocan en sus lienzos bucólicas escenas, románticas agrupaciones de ganado a las horas magas de los crepúsculos; bueyes pesados, robustos, de apacible mirar, que arrastran el arado, entre la gleba ferrosa, en los fríos amaneceres, y los carros llenos de uva y de cánticos en las tardes cálidas de la

vendimia; las vacas, que mueven sus cencerros y sus ubres repletas, camino de los manantiales y de los establos; los grises y lanudos tumultos de los apriscos y rediles; los caballos de patas peludas y flancos poderosos, que montan los campesinos, y las yeguas y potros de remos finos, piel lustrosa y ojos centelleantes, que brincan y relinchán, esperando el momento de ser tráslados a la ciudad; los mastines, con sus greñas ásperas y sus pupilas brasa y sus bostezos, que desundan, con una carnicería y feroz amenaza; los colmillos agudos en las encias terrosas; los corderillos, indefensos y juguetones, como niños, y que lanzan lastimeros balidos al verse olvidados, cuando los retornos del rebaño...

Pero en Rosa Bonheur hay una profundidad filosófica y una sensibilidad aguda que no tienen Troyon ni Jacque. Pinta con el vigor de un hombre y tiene con el espíritu de una mujer, muy mujer.

ooo

Rosa Bonheur nació en Burdeos el 22 de Marzo de 1822. Su padre, Raimundo Bonheur, pintaba y daba lecciones de dibujo en un colegio de señoritas; pero, además, escribía obras como el *Carnet de Theogynodemophile*, que, según indica su título, expresaba las ideas de un amigo de Dios, de la mujer y del pueblo. Inevitablemente, Rosa Bonheur había de sentir acunada y encauzada su infancia por el doble impulso del arte y del amor a Dios en la exaltación de la Naturaleza. Alguna vez ha dicho la propia artista: «Lamennais define todo lo que yo he buscado», lo cual demuestra ya la ideología de esta pintura, en apariencia intrascendente y sin otra finalidad que un realismo emocionado.

A los diez y nueve años (en 1841) expone por primera vez en el Salón. Es un cuadro titulado *Cabras y carneros*, ejecutado a la manera sobria y áspera de su segundo maestro León Cogniet. En 1845 expone *Vacas pastando*, y obtiene tercera medalla. En 1849 presenta el lienzo *La labranza en Nivernais*, que

es premiado con primera medalla; en 1853, el famoso *Mercado de caballos*, que habla de alcanzar, muchos años después, el precio de 250.000 francos. En 1863, le concedían la cruz de la *Legión de Honor*—elevada a la roseta de oficial en 1894—; en 1873 obtenía un éxito clamoroso en el Salón con un conjunto de cuadros lienzos, que la consagraban definitivamente. Y el día 25 de Mayo de 1899 fallecía en una finca de su propiedad en By (Seine-et-Marne).

En Fontainebleau se ha levantado un monumento a su memoria. Lo remata una figura de buey de tamaño natural, modelada por la misma artista—que era también notable escultora—, uno de esos bueyes reposados y nobles que tanto amó en vida, una de esas bestias apacibles, blanquirrojas, que vemos en la serena mañana nivernesa avanzando sobre los surcos humeantes.

ooo

Los dos cuadros más importantes de Rosa Bonheur son *La labranza en Nivernais* y *El mercado de caballos*.

Idéntica finalidad expresiva tienen ambos, igual impetu colorista los afilia entre las obras maestras de la época.

La labranza en Nivernais es una página robusta y sana, un episodio tranquilo de la vida campesina, reproducido con singular fortuna. Cuando apareció en el Salón de 1848, el seráfico Galimard, que escribía sus críticas de arte con plumas de los ángeles que pintaba en sus cuadritos bobalicones, se indignó viendo cómo el público «se complacía con escenas ordinarias, cuyos protagonistas eran bueyes y carneros».

El mercado de caballos, cuyo original está en Nueva York, y del que existe en la National Gallery una réplica, transforma el reposo lento de *La labranza* en una vibración vigorosa, en un tumulto fuerte y bravo.

José FRANCÉS



MOMENTOS HISTÓRICOS

PRÓLOGO DEL SIETE DE JULIO

Mal iban los destinos de España al comenzar el estío de 1822. El Absolutismo y la Libertad andaban á la greña. Bien á pesar suyo, había tenido el Deseado Fernando que hacer bueno el trágala, admitiendo la Constitución, aunque, si va á decirse verdad, la tragaba, pero no la mascaba.

De una á otra punta, toda la Península era una pura revuelta; en todas partes había motines y levantamientos, que sólo se ahogaban con sangre.

El hijo de María Luisa y de Carlos IV, que á sus cívicas virtudes y personales prendas sumaba la cobardía y la perfidia, presenciaba, como quien dice, los toros desde la barrera. Estábase en Aranjuez, donde prolongaba su residencia más de lo que ordinariamente tenía por costumbre.

Había dicho ya en público aquella frase, modelo de hipocresía y de insinceridad: *Marchemos todos, y yo el primero, por la senda constitucional*; pero siempre que había á mano un atajo, echaba por él con toda su camarilla.

Doloroso, pero justo, es decir que el pueblo bajo de entonces no era digno de mejor suerte, y que sólo estaba en su sitio cuando desenganchaba los tiros de la carroza y llevaba en triunfo á su ídolo por las calles de la corte.

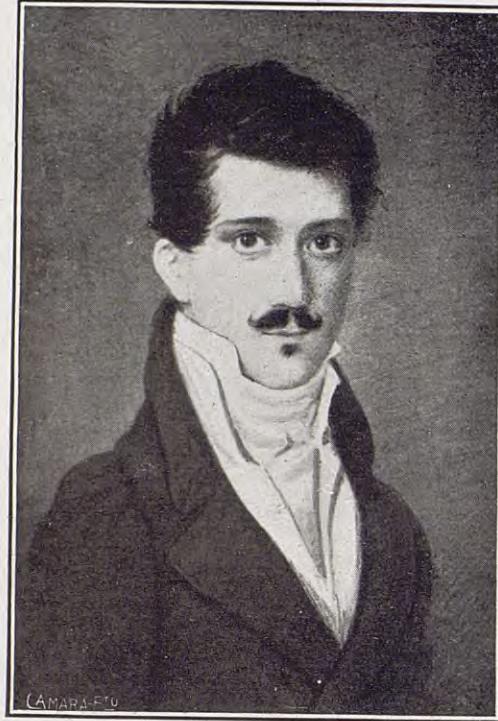
Renqueando iba la Libertad, como podía, cuando llegó el 27 de Mayo y, sin previo aviso, se presentó el rey en Madrid.

Tres días después asistió á la clausura de las Cortes, y entonces fué cuando, en las mismas puertas de Palacio, tuvo lugar el prólogo de la gloriosa epopeya que días después había de quedar asentada en una de las páginas más brillantes de nuestra historia contemporánea.

Dice *El Espectador* de 1.º de Julio de 1822:

«A la hora señalada para dirigirse S. M. al Congreso, ya se advirtieron al pie de la escalera principal algunos grupos compuestos por sujetos de los más indicados por enemigos del sistema constitucional. Notábase en ellos esa alegría y ese descaro que sólo acostumbran á demostrar los viles cuando creen cercano el éxito de sus inicuos y cobardes proyectos.

»Al tomar S. M. el coche, le aclamaron repetidas veces con los gritos de «¡Viva el rey neto!», y se advirtió, igualmente, que ciertos emisarios de categoría introducíanse en las filas



MAMERTO LANDABURU

de los batallones de guardias, excitándoles á que prorrumpieran en iguales manifestaciones.

»Al mismo tiempo, en el cerro del pretil de Palacio, la gente allí reunida gritó: «¡Viva el rey constitucional! Un iluso aclamó al rey absoluto, y quedó inmediatamente arrestado por la Policía. No bien sucediera esto, cuando unos diez y ocho ó veinte soldados de la guardia se acercaron al pie del cerro y amenazaron á cuantos en él se hallaban...»

De allí á poco retornó el rey de las Cortes, y, apenas se advirtiera su llegada, aumentaban los gritos y aclamaciones al monarca constitucional.

Los guardias reales y granaderos, apenas oyeron las voces, cerraron sobre la gente con la bayoneta calada, que no lo hiciesen con tanto denuedo si tratárase de tomar algún peligroso reducto.

Viendo tan bárbaro desmán, un teniente del mismo Cuerpo, Mamerto Landáburu (que ya en la guerra de la Independencia tuvo sus puntas de héroe), entendiendo que la milicia está destinada para fines más nobles que el de defender una tiranía absurda y cruel, corrió á contenerles; pero, como si obedecieran á una orden recibida de antemano, volvieron contra el pondonoso oficial y le acribillaron á tiros y bayonetazos...

En las puertas de la mansión de los reyes de España, junto á la escalera que dicen de la *Camara*, vino á caer el infeliz, defendiéndose bravamente, á sablazos, de sus bárbaros asesinos.

Claro está que el crimen no quedó sin castigo; eran mucho Don Fernando y su camarilla para no dar cebo á la vindicta pública; de esta manera dejarían de averiguar cuál fuese la fuente inspiradora.

No parecería muy extraño que en la tertulia de Fernando, Alagón, Chamorro, Ugarte, etcétera, etc., señaláranse de antemano tres reos propiciatorios...

El 8 de Agosto se le cortó la mano derecha, y se le dió garrote, á Agustín Ruiz Pérez, soldado de la cuarta compañía del primer regimiento de Guardias de Infantería, como asesino de Landáburu.

El 17 de Agosto sufrió pena de garrote, precedida de degradación, el primer teniente del segundo regimiento de Guardias de Infantería, D. Teodoro Goiffen, como cómplice y promovedor del asesinato.

Antonio Moreno tuvo la suerte de morir de unas fiebres en el hospital de Avila; si no, hubiese pagado con su vida la adhesión y pleitesía á su bien amado monarca.

Tal fué el prólogo del 7 de Julio de 1822, en que pagó su amor á la Libertad un caballero teniente, á quien hoy ya parecen no recordar ni sus camaradas de Arma ni los que deben su encumbramiento al triunfo de las ideas liberales...

DIEGO SAN JOSÉ

MODAS

PROPOSITO

Voy á dar á mi lira, en sus canciones de última novedad, tanto imprevisto, que te sorprendan algunos renglones como las creaciones de tu modisto.
Por tu parte, á esta nueva lirica que te digo, colaborarás, teniendo conmigo la libertad que, en las tardes de prueba, soléis tener las mujeres con el modisto, sabio y comprado testigo. Y mientras yo, con alfileres de rimas y adjetivos, corrijo este defecto, suplo esta falta, atiendo sin pasión al efecto, tú, con encantadora displicencia, olvidarás recato y prudencia, clavando gravemente la vista en el espejo que está en frente y sin pararte á velar ni un instante los pedacitos de desnudo que el trasiego de ropas pone á la vista, en crudo, y cuya aparición no es aquí lo importante.

EL MANGUITO

Tu corazón debe estar aterido; tu corazón, moderno y antiguo, debe ser como la nieve, frío.

Pero tendrá su hogar escondido como un confort; será su latido central: un vapor de suspiros...

Tu corazón es caliente y es frío como el arniño de tu manguito.

AL PASO

Un poco de artificio en el vestido y un susto involuntario en la manera de bajar de la acera si un hombre llega en opuesto sentido, y un ir corta de tiempo, fingido; y tu rénard, color de hoguera, que emboza á medias el rostro abstracto para que te confundan con cualquiera. Todo eso y más, afectado y mentido, de pies á cabeza te hace verdadera; por todo eso y más comprendo, mujer, cruzándote, al pasar, que tu corazón sabe que vas á amar y que — por lo que sea — fantasía ó deber, tiene algo que esconder y algo que aparecer.

EN EL FONDO

Tú, en tu vaso, una vez, me ofreciste de este licor capicioso,

cuando á mis ansias de amor opusiste, sin porqué, sin razón, un mirar doloroso súbitamente triste. Quisiera, cada día, volver á ver, cortando la alegría, este mirar súbitamente triste; evocaríamos callados, graves, sobrecogidos, tantos dolores inesperados, tantos dolores inmerecidos... esta sombra, en el mundo, de algo, que pasa sobre él, vengativo; el supremo dolor, inquietante y fecundo, que es y será — sin razón ni motivo.

COSMOPOLITA

¡Resumes tanta cosa!... Ya queda poco en ti que sea únicamente nuestro; propio de aquí. Tienes algo de estampa y algo del maniquí de tu modisto; y algo que no sé dónde vi. Tienes el alma cosmopolita, en la divina fragilidad de tu soberbia figulina; y al contemplarte, emana de tu alma y de tu traje la confusa fatiga nostálgica de un viaje...

EDUARDO MARQUINA

LA ESFERA

CUADROS CÉLEBRES

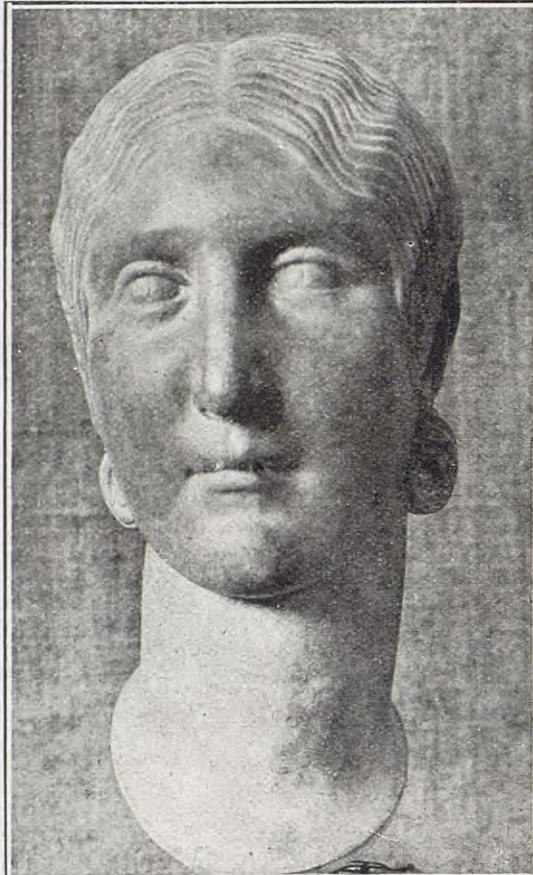


LA MAGDALENA

Cuadro de Perugino, que se conserva en la Galería Pitti, de Florencia

CAMARA-FOTO

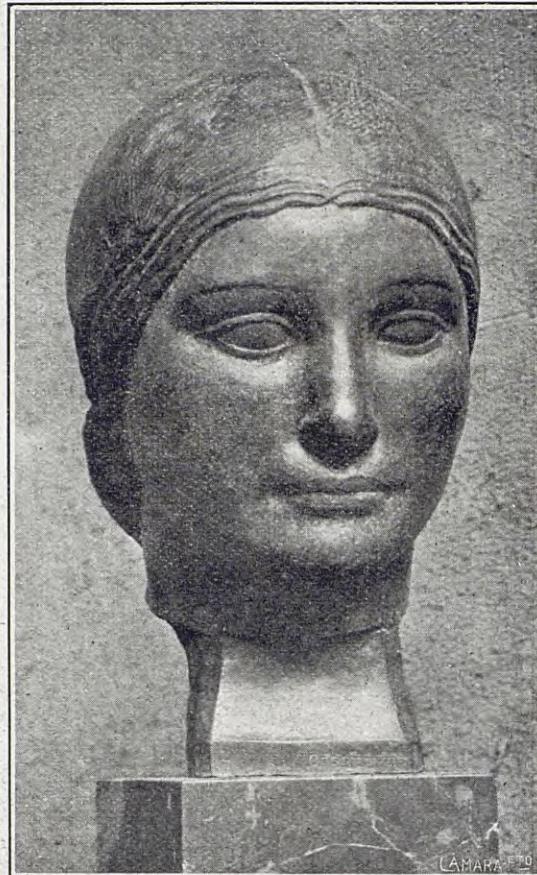
LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA
ESCULTURA Y ARTES DECORATIVAS



"Cabeza femenina", por Jaime Otero



"Plañidera", por Antonio Alsina



"Cabeza femenina", por Enrique Casanovas

MUCHO menos importante que la sección de Pintura, la sección de Escultura tiene, sin embargo, algunas obras que se destacan del conjunto y que señalan la moderna significación de este arte en la Cataluña actual.

En diversas ocasiones hemos hecho constar cómo el presente renacimiento artístico español se manifiesta de un modo amplio, noble y sólido, en la orientación dada por los escultores valencianos y catalanes.

Descartemos los nombres del castellano Víctorio Macho y de los vascos Mogrobojo (fallecido tempranamente), Quintín de Torre y Huerta, que tienen ya el prestigio y la personalidad definida de maestros en su arte. Todo el impulso renovador de la escultura moderna, con Julio Antonio al frente, viene de Cataluña y de Valencia, de los hijos del Mediterráneo, nietos de la raza y discípulos de la escuela igualmente eternas.

Es, naturalmente, en la agrupación de *Les Arts y els Artistes* donde hallamos el grupo selecto y valioso. Así como en la sección de Pin-

tura es aquí donde están los lienzos de Nonell, de Súñer, de Canals, de Carles, de Aragay, de Colom, de Apa, de Vayreda, es aquí también donde hallamos á Clará, Casanovas, Borrell Nicolau, Gargallo y Hugué.

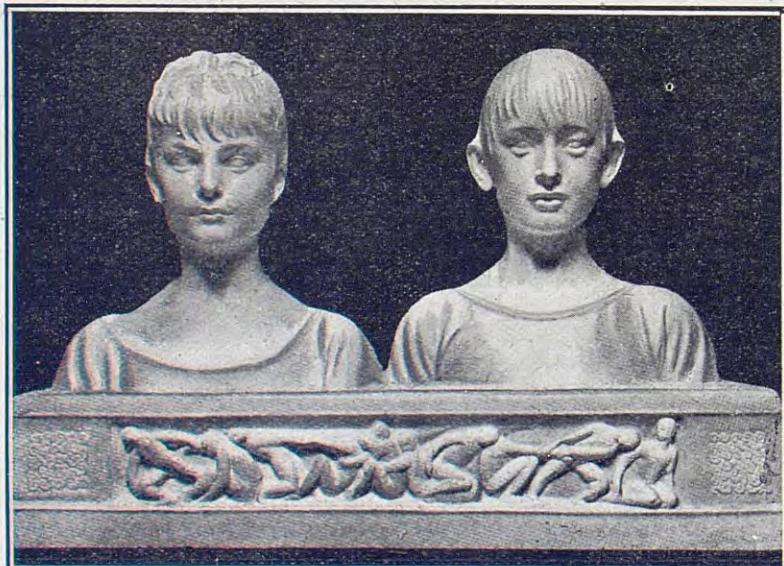
Clará presenta una cabeza de niño, en bronce, resuelta con su maestría habitual,

Enrique Casanovas, á quien tenemos el propósito de consagrar muy pronto un extenso estudio en LA ESFERA, expone tres cabezas en bronce y una en piedra. Respiran todas ellas ese inquietante dualismo sentimental y técnico, donde palpita el alma moderna, dentro de clásicas normas. Funde también el gran escultor ritmos del Oriente sensual y exaltado con la serenidad occidental. Un extraño encanto brota de estas esculturas animadas de interiores fulgores y exóticas, con su reposo—como ninguno, estatuario—externo de líneas perfectas para la total armonía.

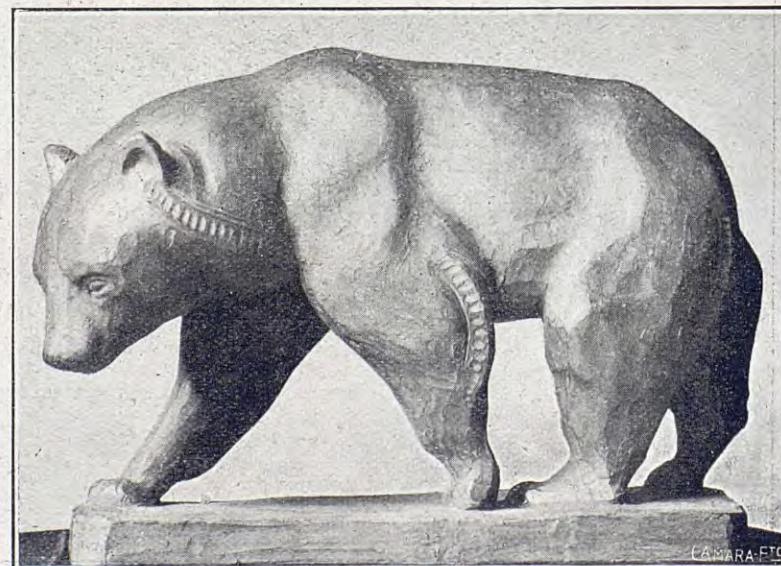
Juan Borrell Nicolau, el autor del monumento á Verdaguer, presenta un retrato y dos cabezas femeninas, ejecutadas con un criterio helénico



"José Pascó", retrato por Federico de Madrazo



"Felicidad", por Enrique Borrás



"Oso de los Pirineos", por Pujol Montaner



"Sueño infantil", por José Cardona

más academicista que el de Casanovas. No menos admirables, sin embargo.

Pablo Gargallo, el orfebre, el que da á los metales formas de una belleza apasionada y cálida, tiene, además de una *Cabeza femenina*, repujada en cobre, un *Desnudo de joven*, en piedra, muy audaz y muy expresivo.

Manuel Hugué, el «Manolo», compañero de los cubistas en el Céret francés, representa la tendencia más avanzada, más acuciada por las regresiones primitivas. Así lo demuestra el *Desnudo* y los dos dibujos, un poco arbitrarios.

En el Círculo Artístico deben citarse *Viejo Marino* y *Náyade*, de Miguel Blay; *Amor*, de José Capuz; *Ingenuidad*, de Vicente Beltrán; *Mediterránea*, de Federico Masés, y *La raza*, de Dionisio Renart.

En el Círculo Artístico de San Lucas, lo más interesante—y de lo más valioso de toda la Exposición—son los dos envíos *Retrato* y *Meditación*, de José Llimona. También figura una bella cabeza femenina, titulada *Jardinal*, de Juan Bautista Porcar.

En la Sociedad Artística y Literaria hay un busto de Cajal, por Mariano Benlliure y varias estatuillas de José Cardona.

De la sección de *Independientes*, lo más notable son las esculturas animalistas de Pujol Montané, *Elefante*, *Tigre de Bengala* y *Oso de los Pirineos*.

□□□

Desligada de las secciones de Pintura, Escultura, Dibujo, Grabado, Arquitectura—integradas por las diversas Asociaciones autónomas ya mencionadas—, hasta el punto de figurar sus envíos en un catálogo distinto del general, figura en la Exposición de Barcelona una sección del Fomento

sensatas. Tiempo es aún de elegir entre el ejemplo de Barcelona y el reglamento desautorizado del abortado Congreso.

S. L.



"Retrato de la señorita X", por José Llimona



"Venus", repujado en cobre por Pedro Corberó



"Soledad", por Enrique Clarasó

más interesante del certamen barcelonés. Se subdivide en los siguientes grupos: *Sala Pascó*; *Unión de ex libristas ibéricos*; *Ediciones españolas y extranjeras de ex libris*; *Tejidos y encajes catalanes*; *Artes aplicadas*; *Ecenografía é Instituto Catalán de las Artes del Libro*.

En la *Sala Pascó* se han reunido, en torno del retrato de este artista, por Federico de Madrazo, una colección de dibujos, proyectos escenográficos, ilustraciones editoriales, carteles y pergaminos originales de José Pascó, notable dibujante catalán de mediados del siglo xix.

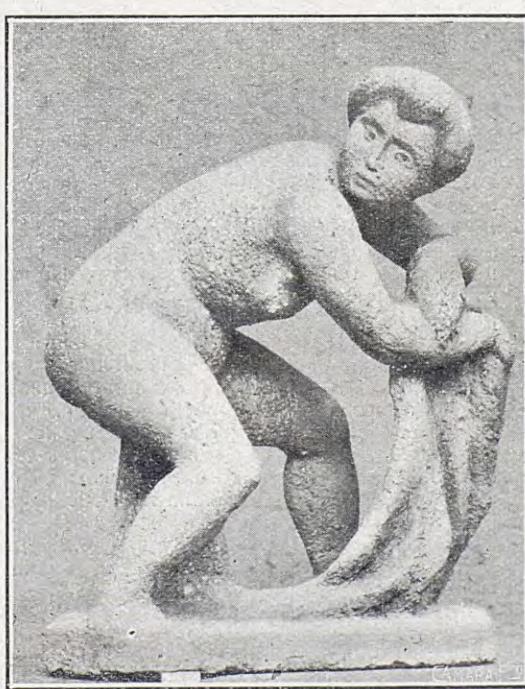
Para exponer las «puntas» ó encajes catalanes se ha reconstruido el patio de una casa típicamente catalana, con mucho carácter de muebles, azulejos y accesorios, que realzan los magníficos envíos.

En las secciones de *ex libris* hay originales y reproducciones muy interesantes de artistas catalanes y extranjeros, así como varias obras dedicadas á este género de dibujo artístico. Se destaca, sobre todo, la espléndida colección y la serie bibliográfica que presenta Carlos Sanner,

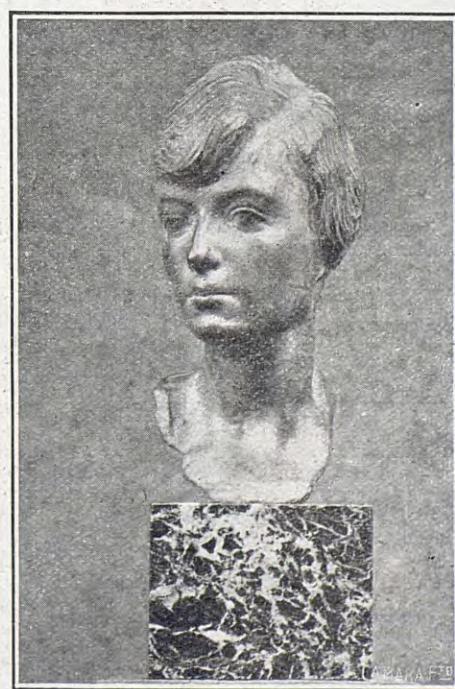
Muy notables los envíos de cerámica de Francisco Quer, las vidrieras de Rigalt, las maquetas y dibujos escenográficos de Francisco Arola y los envíos de arte editorial de Oliva de Vilanova.

□□□

Espejo limpio será ésta Exposición, donde deberán mirarse los artistas y los organizadores de la futura Exposición Nacional de 1919, antes que en el turbio y deformador que ofreció el Congreso de Bellas Artes celebrado recientemente en la capital de España, en pleno mes de San Isidro, para desdeñoso regocijo de las gentes



"Desnudo", por Manuel Hugué



"Jardinal", por Juan Bautista Porcar



"Viejo Marino", por Miguel Blay

EL MAL, BIENHECHOR



A QUELLA mujer seducía casi por *snobismo*. Para amar la mujer aquella se necesitaba que el amante fuese un espíritu culto, y acaso que tuviera los sentidos refinados hasta la decadencia. Cuando menos el supuesto enamorado ó encaprichado, había de vivir en familiaridad con los usos y costumbres de nuestro tiempo. Se desprende de todo lo anterior, que muy pocos hidalgos españoles aceptaban la belleza de *madame*...

Porque se trata de una *madame*; es decir, la *madame* podría considerarse como un pretexto para la exhibición y el alarde del lujo, los afeites y los modales de última moda. Llevaba cortos los cabellos, con el fin de que los diminutos sombreritos de Georgette se amoldasen á la perinola que era su testa. No digamos si labios, pestañas y párpados iban fantástica y enigmáticamente coloreados. Las uñas semejaban piedras preciosas. Sus vestiduras sacaban la frivolidad de sus líneas, y de sus transparencias, y de sus tonalidades, no de la cabeza hueca de los modistos, sino de los archivos centenarios. Entonces no se sospechaba la guerra, y los moralistas pensaban que tales sacrilegios de la moda se debían á la ruindad ambiente. Pues no. Cuatro años van de guerra, la enorme purificación. De seguro conocéis el figurín que acaban de lanzar los árbitros de elegancias en los bulevares: el pobre *Roi Clovis*; su estatua, mutilada en la catedral de Reims, ha servido para modelo de un nuevo manto con una cola que parece rabo... Tornando

á la *madame*. No quedaba huella de la naturaleza en su carne de una seda ya sin los crujidos de la seda demasiado nueva, y tampoco en su alma, que sólo se manifestaba en momentos alquitarrados, como ven en la obscuridad las pupilas gatunas. *Madame* había realizado un milagro diabólico. Nadie incluyó nunca el amor entre los *paraíso artificiales*, junto con el éter, la cocaína, etc. Los desvaríos más absurdos del *Ars Amandi* consideran cosa natural. *Madame* inventó este otro *paraíso artificial* de sus idilios venenosos...

Un camarada mío intentó el traer la *madame* á España. Como se importan la maquinaria yanqui, la ciencia alemana, los deportes ingleses. Cree mi amigo que hay que infiltrar en el pueblo ibérico, no un poco, sino mucho afán de fastuosidades, de la voluptuosidad, de lo superfluo. Deliciosa política para despertar las ambiciones, y de ahí que fuera necesario trabajar más para doblar las rentas y el crédito, con que medrariámos notablemente. Conformes en que el hombre sepa reducirse á comer patatas y á viajar en tercera.

Es difícil que no tengamos dineros para cubrir presupuesto tan humilde, y el luchador ha de procurar no amilanarse en la resistencia. Pero juzgamos inadmisible la teoría del ascetismo por virtud y orgullo nacionales. No nos honra, sino que nos degrada la fama de altivos y miserables hidalgos. El mayor elogio que suele hacerse de nuestros santos, es que no amaron el agua, y de

nuestros soldados, que son capaces de no comer en unos cuantos días... Naturalmente, quienes suponen vivir en esa ruindad, no se afanan por nada, ni estudian, ni producen, y el país se apaga como un hogar donde no echasen leña...

Por la misma época que mi camarada el rendidor, conoció á *madame* otro camarada mío, apasionado por la tradición de la austeridad. Sorprendí un dialogo de la sirena y el hombre de las cavernas. El apreciable troglodita hizo el elogio del queso manchego, la estameña, la borona, el amor á mordiscos, la pintura realista de cadáveres, el mosto enjuto y recio y las pocas palabras. A lo largo de la charla, en el estuche en que se conservaba *madame* como una joya, como un collar de mezcladas perlas blancas y negras que viviesen, *madame* ofrecía al rudimentario Savonarola, ya un cigarrillo todo de oro, fragancia y humo azul, ya una nueva ponzoña del alcohol, ahora unos simples bombones de chocolate. Siempre, siempre renunciaba mi camarada á las repetidas insinuaciones. Dijo, por fin y de una vez:

—Gracias, gracias... Soy muy sobrio... Con la ingenuidad de una colegiala, preguntó *madame*:

—Sobrio... ¿como el camello?

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

DIBUJO DE ROQUETA

LA ESFERA
LA MODA FEMENINA



CAMARA-FOTO

UN VESTIDO Y TRES SOMBREROS, ÚLTIMA PALABRA DE LA MODA FRANCESA FOTS. HUGELMANN



Plaza de San Martín

FIGURAN en estas páginas varias interesantes fotografías de los más pitorescos y característicos rincones cacereños, y en las cuales se refleja de un modo admirable el ambiente de austereidad y arcaísmo encantadores que flota en la gran ciudad extremeña.

La riqueza monumental con que cuenta Cáceres es extraordinaria, y en ella se advierten las diversas épocas de dominación por que ha pasado.

En efecto, diseminados por sus amplias plazas y típicas calles, edificaciones pertenecientes á las más diversas épocas, reflejadas en los varios gustos y estilos, así como también en las distintas estructuras arquitectónicas. En un bello conjunto mezclan las edificaciones bizantinas, góticas, y algunas muy notables del Renacimiento, pero todas ellas admirables y, en su mayoría, conservadas maravillosamente, lo que permite admirar todas las bellezas y detalles de las joyas arqueológicas.

El palacio episcopal de Cáceres es una de las más notables construcciones con que cuenta dicha ciudad, y desde luego ofrece á los ojos expertos del amante de las preteritas joyas artísticas un interés excepcional, que nace principalmente de la misma sencillez de su estructura exterior, de carácter ampliamente español.

La portada del palacio es de sobria traza, pero del mejor buen gusto de la época. La fachada y el interior de este edificio se hallan en perfecto estado de conservación, lo que acrecienta notablemente su interés y permite admirar plenamente toda su belleza.



Un ángulo de la plaza de San Martín. A la izquierda, el palacio episcopal

Fué edificada esta mansión episcopal hacia el promedio del siglo xvi, en virtud de órdenes de los obispos de Coria, quienes costearon la edificación.

Otra construcción notable de Cáceres es el palacio de los Golfines, señores oriundos de Francia, que, hacia los comienzos del siglo xvi se apoderaron de varios palacios y castillos de la sierra cacereña, y de cuya memoria da fe esta soberbia construcción, cuyo mérito arqueológico, como antes decimos, se equipara con los más notables monumentos existentes en Cáceres.

Hállase situado este palacio á que nos referimos, en la plaza que lleva su nombre, y es en extremo notable por la perfección de su estilo, que corresponde exactamente á la época de que data.

Nota grandemente característica de Cáceres son los arcos que con gran frecuencia se ven en algunas de sus calles. El más notable de todos es el llamado de la Estrella. También es muy típico el denominado del Cristo, que reproducemos en esta información.

Además cuenta Cáceres con otras importantes edificaciones, pero hemos de limitarnos hoy á ofrecer al lector, con estas breves líneas, algunas fotografías de los lugares más típicos de Cáceres, las cuales, si no son suficientes para que pueda darse una idea exacta de las riquezas de carácter monumental que en la citada capital extremeña existen, le proporcionarán, al menos, el placer de poder contemplar algunas edificaciones notables y de singular importancia arqueológica.

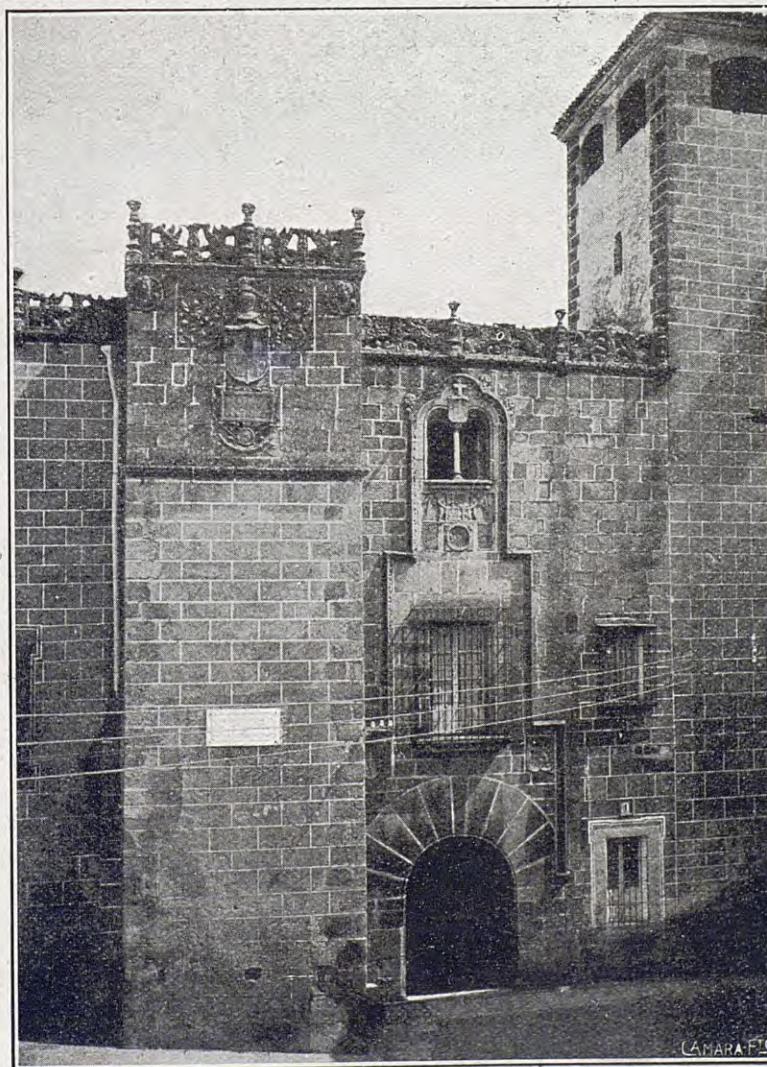
L. G.



Convento de las Preciosas



El arco llamado del Cristo



Palacio Golfin, que fué habitado por los Reyes Católicos

FOTS. HIELSCHER



Calle Aldárvez, donde se halla instalado el Monte de Piedad



LA ISLA DE ORO

En medio del mar sonoro,
guardada por los delfines,
se alza una isla de oro
llena de alegres jardines.

Allí la sirena canta
con la nágade y la ondina,
y el rubio tritón levanta
su caracola marina.

En ella vive una diosa,
reina de la Primavera:
Cíteres, la más hermosa,
la más divina hechicera.

Nada al Eliseo fragante
envídla la isla encantada,
isla de Psiquis amante,
para el amor consagrada.

Los más hondos amadores
ven cumplirse allí su anhelo
y sus instantes mejores,
y allí gozaron del cielo.

Si un marinero en su nave
se echa al mar, y en la isla toca,
de la diosa al punto sabe
la dulce miel de su boca.

Cantan las bellas sirenas
en torno del marinero;
lo atan con dulces cadenas
y es del Amor prisionero.

Grandes venturas alcanza
que no existen en la vida;
verá cierta su esperanza
y la fortuna vendida.

Mas jay de aquel que navega
y oye el melodioso coro,
y en nave de ensueños llega,
por su bien, á la isla de oro!

¡Ése, cuando toma al mundo,
el mundo entero le hastia,
soñador meditabundo
de eterna melancolia!

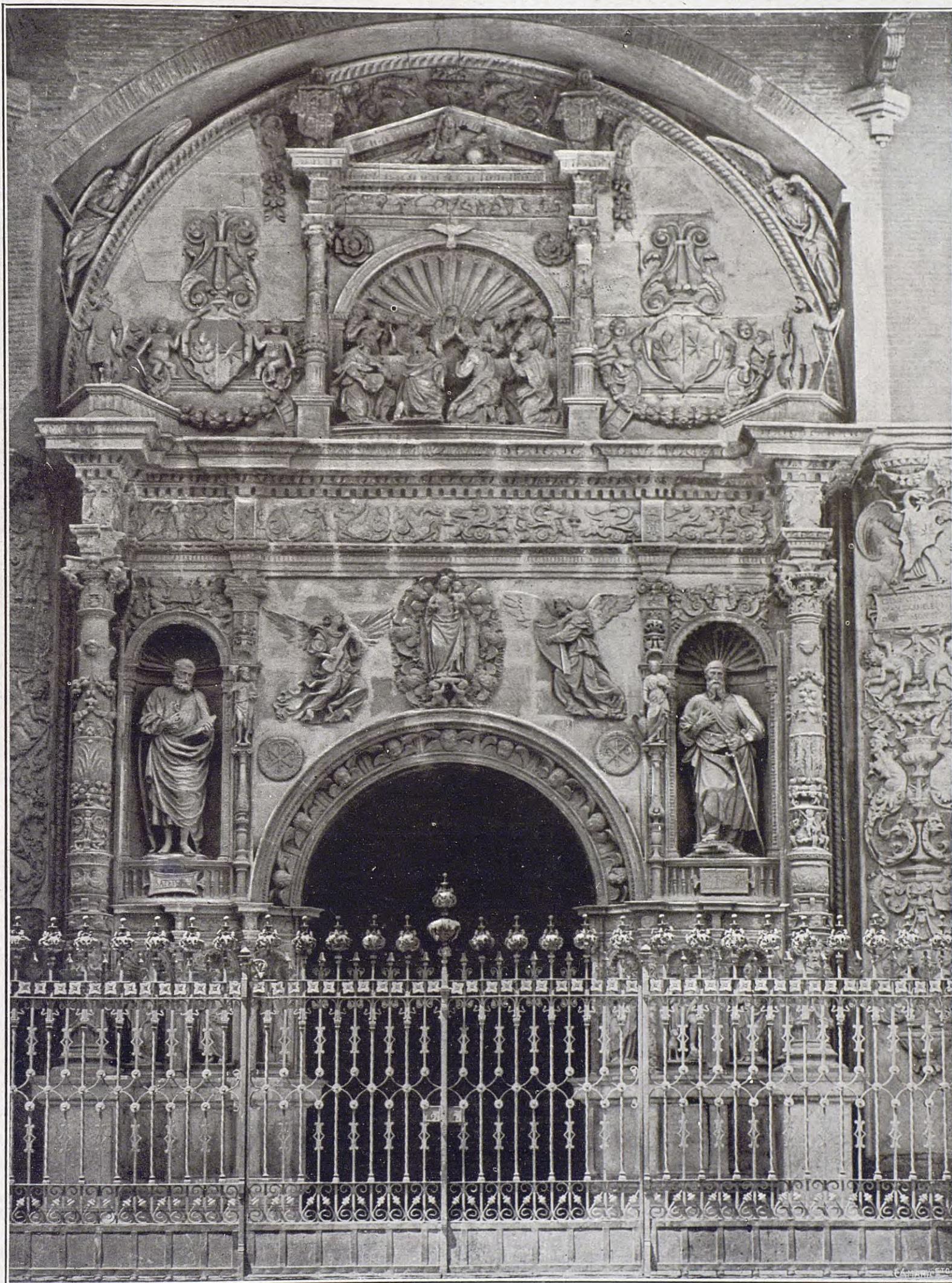
El canto de las sirenas
quebranta su pecho fuerte,
y sabrá de amargas penas
hasta que abrace á la muerte.

Rafael LASSO DE LA VEGA

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

LA ESFERA

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



PORADA PRINCIPAL DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA, DE CALATAYUD, DE GRAN MÉRITO ARTÍSTICO
POR LA BELLEZA DE SUS ESCULTURAS

FOT. HIELSCHER

NUEVOS DÍAS, NUEVAS COSTUMBRES



N^o Cicerón, ni Descartes, ni La Bruyère dijeron nunca una verdad tan grande como la del sainetero español que echó á volar la conocida frase, digna del mármol: Hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad.

La frase española es de ayer, de un ayer un poco lejano; pero al correr del tiempo gana en fuerza y en actualidad. Como el buen vino, mejora en la solera. Y si antes era aplicable á las ciencias de todas castas y colores, hoy lo es también á las artes y á las costumbres.

Por mi casa, que es la del amable y complaciente lector, va frecuentemente una señora, madre de dos niños monísimos, hembra y varón.

Son, en verdad, encantadores. A su lado se está como en el cielo. Ni tiesto firme, ni silla en su sitio, ni cristal seguro.

Hace unos días, la respetable madre de estos angelitos de Dios me invitó delicadamente á hacerles un obsequio.

—Hombre, á ver cuándo distingue usted á mis niños con una prueba de su agrado.

—El día más inesperado—le contesté.

Pensé, pues, sentarles á mi lado ó sobre mis rodillas y contarles un cuento. Uno de los mara-

villosos cuentos de hadas buenas, princesas rubias ó gnomos barbudos, que nos contó la pobre abuela en noches de invierno y fueron nuestro encanto en el lejano abril de la niñez. Con un poco de fantasía, buscaría yo una moraleja final, que pudiera servir á los infantiles oyentes de sana emoción y saludable consejo.

Esto, como digo, pensé. Luego me pareció la idea frágil y desconfié, con razón, de mi habilidad y mi donosura como medios de encender una chispa de interés en las imaginaciones de mis dos amiguitos. Y deseché mi pensamiento. Mucho mejor sería regalarles una edición de los cuentos de Andersen ó de Grimm.

Me decidí. Expuso á la oronda señora mi ocurrencia de regalar á sus hijos con primorosas ediciones de los famosos cuentos, y cuando esperaba haber ganado un elogio, experimenté una soberana decepción.

—Pero ¿lo dice usted de veras? ¡Si eso es una antigüedad! Estos poetas viven en la luna... Mire usted que irle con cuentos á los chicos...

—Le parece á usted mejor—me atreví á replicar—un tratado de Anatomía ó *El origen de las especies*?

—Nada de cosas raras—arguyó la buena señora—. Todo eso no son sino tonterías que complican la vida y desvian la atención del verdadero camino. No pasa el tiempo en vano, ni el vaivén de los días deja de abrir huella en las costumbres. Yo también sé cosas del señor Andersen y Compañía, pero de más substancia. Por ejemplo: Hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad.

Después de este discurso, se quedó tan fresca. Yo no supe qué contestar. Los angelitos, entretanto, no dejaron rosa sana de las de una maceta.

—¿Quiere usted—propuso la madre—obsequiar á mis niños delicadamente? Pues á nuevos tiempos, nuevas costumbres. Llévelos usted de verbena á la primera ocasión. Ya verá cómo bailan los ricos míos. Darán el «mitin».

No hallé disculpa ni razón. Las ciencias y las artes adelantan, y los nuevos días traen costumbres nuevas. Y aquí estoy encantado de llevar á las monísimas criaturas á Chamberí ó al Prado en noche de alegría y holgorio.

José MONTERO

DIBUJO DE CASTILLO

INDUSTRIA Y COMERCIO DE SAN SEBASTIAN

PIANOS NUEVOS DE ALQUILER

PIANOS "CUSSÓ" S. F. H. A.

PIANOLA-PIANOS THE AEOLIAN Cº.

(Agencia exclusiva)

CASA ERVITI, San Sebastián-Logroño

Grandes Garages Garnier

VENTA Y REPARACIÓN DE AUTOMÓVILES

Constructor del aparato patentado

Elevador

para suprimir la presión sobre la gasolina en los automóviles

PEDID PRECIOS Y DETALLES

Miracruz, 9, SAN SEBASTIAN

Fouillures

• Manteaux

• Robes



Tailleurs Dames

• Tailleurs Homes

Sigüenza

Garibay, 6.—San Sebastián

Frontito

en las carreras

Frontito

en la playa

Frontito

en Loyola, 4, SAN SEBASTIAN



A. Brisac Aine y C.ª

Larramendi, 3 y 5
SAN SEBASTIAN

Fábrica de paraguas, sombrillas y bastones

LOS MÁS ELEGANTES Y LOS MÁS SÓLIDOS

F. Larrarte

Sucesora:

Paulina Alfaro
Modista
Avenida de la Libertad, 3
San Sebastián

Robes e Manteaux

Ragquette
Maison Parisienne

Pau - Paris

Easo, 4.—San Sebastián
(frente al Hotel de Londres)

Modes

Chapeaux

Maison Richard
Calle Garibay, 24, 1.
San Sebastián

MAQUINAS DE ESCRIBIR
"WOODSTOCK"

Pianos automáticos "Kimball"

Royos artísticos "Ideal"

Relojes de oro de ley 18 k. • Escopetas de caza
20, 24 y 33 MESES DE CRÉDITO

SOCIEDAD HISPANO-AMERICANA

Avenida, 27 SAN SEBASTIÁN

DROGUERÍA Y PERFUMERÍA

DE
Pedro Lecuona

SECCIÓN ESPECIAL DE FOTOGRAFÍA,
APARATOS FOTOGRÁFICOS Y CÁMARAS OBSCURAS
PARA LOS AFICIONADOS

Fuenterrabía, 21.—Teléfono 17-49
SAN SEBASTIÁN

CONTADORES DE AGUA

THE BEST

aprobados por R. O. de 30 de Septiembre de 1911
y 3 de Junio de 1914

AMADEO DELAUNET

Casa fundada en 1885.—La más antigua e importante de España en su género

Miracruz, 8.—SAN SEBASTIÁN

PROVEEDORES EFECTIVOS DE LA REAL CASA

CASA DELBOS

SIN RIVAL EN SU CLASE

SAN SEBASTIÁN

Comestibles finos • Artículos de régimen
Champagne • Licores, etc., etc., sólo en
marcas legítimas

Única Casa que provee al Palacio Real durante la jornada veraniega

HEREDEROS

DE

Ramón Múgica

SAN SEBASTIÁN



Construcción de vagones,
piezas de forja,
cierres y persianas enrollables
de madera,
Cierres plegables de hierro

Grandes depósitos de maderas
nacionales y extranjeras

BANCO GUIPUZCOANO

Capital social: 10.000.000 de pesetas
Reservas: 1.800.000 pesetas

Sucursales en Tolosa, Irún, Vergara, Azpeitia, Eibar,
Villafranca, Oñate, Pasajes, Azcoitia y Deva

Cuentas corrientes en pesetas, francos y libras á la vista,
abonando interés al 2 por 100.

Cartas de crédito. Giros. Depósitos. Ordenes de Bolsa.
Emisión de BONOS A VENCIMIENTO FIJO, devengando el 2 1/2, 3 y 4 por 100 anual.

Toda clase de operaciones de Banca, Bolsa y Cambio.

Frontón Moderno y Jai Alai

Todos los días, á las cuatro de la tarde, grandes
partidos de pelota á remonte

COMESTIBLES FINOS • CONSERVAS

Arrieta y Garagorri

Alameda, 5, teléfono 170.—San Sebastián

Vinos nacionales y extranjeros de marcas acreditadas

Gran surtido en champagne, aguardientes y licores

Bodegas Victoria Eugenia.—Teléf. 974

Proveedores del Hotel María Cristina, de San Sebastián,
y del Hotel Real y Gran Casino, de Santander

Gran Casino de Fuenterrabía

ABIERTO TODO EL AÑO

Gran restaurant • Teatro • Varietés • Conciertos
Thés tango • Bailes • Skating • Tennis

Tendrá usted una información extensa y completa de todo el mundo, comprando diariamente **EL SOL**
DIEZ CÉNTIMOS NÚMERO SUELTO EN TODA ESPAÑA,
CON DERECHO A LOS VOLÚMENES DE LA BIBLIOTECA,
COLECCIONANDO LOS CUPONES

La Biblioteca de **EL SOL**, que se sirve en combinación con la suscripción á todos los puntos de España, ha repartido los siguientes volúmenes:

“Carmen”, de Próspero Merimée

(ilustraciones de Marín)

“Viajes y recuerdos”, de Vicente Vera

“El eterno marido”, de Dostoievski

(traducción de Ricardo Baeza)

En prensa el 4.º volumen, interesante colección de artículos de Mariano J. de Larra, “Fígaro”, no recopilados hasta la fecha.

Precio del ejemplar suelto: pesetas 1,50

Precios de la suscripción combinada con derecho á recibir diariamente **EL SOL** y mensualmente el volumen de la Biblioteca:

Un año. 30 pesetas

Seis meses. 16 "

Tres meses. 8 "

Todo lector de **EL SOL**, colecciónando los cupones que inserta diariamente, puede canjearlos cada mes por el volumen correspondiente.

La Administración de **EL SOL** enviará gratuitamente á cualquiera dirección de España, una suscripción gratuita durante quince días. So licítense escribiendo claramente nombres, apellidos y señas, de

LA ADMINISTRACION DE EL SOL, LARRA, 8, MADRID

Suscríbase á **EL SOL** en sus oficinas, Larra, 8,
O EN SU SUCURSAL DE LA LIBRERIA DE SAN MARTIN
Puerta del Sol, 6. - M A D R I D
Sucursal en Barcelona: RAMBLA DE CANALETAS, 9

OBRA NUEVA

EL AÑO ARTÍSTICO

1917

POR

JOSÉ FRANCÉS

Un tomo de 430 páginas, en papel couché, con más de 300 grabados y cubierta á todo color y oro,

11,50 ptas. en rústica y 13 ptas. encuadrado

EN TODAS LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLAVES, 13
Camisas, Guantes, Pañuelos, Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO

MEJOR
QUE LA MEJOR
es el AGUA de
COLONIA 

PERFUME DELICIOSO-ÚNICA ANTISÉPTICA
USARLA UNA VEZ, ES ADOPTARLA PARA SIEMPRE
FRASCO 3,50 PTAS.

Loción FISAN, para la cabeza 7 ptas.
Brillantina FISAN 3 »
Elixir dentífrico FISAN 1,50 »
Polvos selectos FISAN 2 y 3 ptas. caja

FÁBRICA DE PERFUMERÍA FISAN:
NACIONES, 17, Hotel.—Teléf.º S-1.008

"La gracia de una señorita está en su sonrisa"



y la Crema Dentífrica de Colgate perfecciona la sonrisa.

Dos veces al año ha de examinar el dentista vuestros dientes; dos veces al día debéis limpiarlos con un cepillo y la Crema Dentífrica, en forma de cinta, de COLGATE. Esta preparación dentífrica da resultados seguros; limpia perfectamente los dientes y los brüñe dándoles su natural blancura. No tendréis que evitar el sonreír si usáis la preparación dentífrica de Colgate.

Se vende donde compráis vuestros artículos de tocador.

COLGATE & CO.

Establecidos el año 1806.

La Esfera

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Madrid y provincias		Un año	30 pesetas
		Seis meses	18 »
Extranjero		Un año	50 »
		Seis meses	30 »
Portugal		Un año	35 »
		Seis meses	20 »

ELIXIR ESTOMACAL
de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É
INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

Lea Ud. todos
los miércoles

MUNDO GRÁFICO

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA



Deseo Que Siempre Use Cera Preparada de

JOHNSON

Forma una capa protectora sobre el barniz, haciendo mayor su duración. Nunca se pondrá pegajosa; por lo tanto, no muestra las manchas de los dedos.

Ni Recogerá el Polvo.

Los pulimentos que contienen aceite retienen todo el polvo y manchan la ropa, etc. La Cera Preparada de Johnson produce un pulido duro y seco, dejando la superficie como un espejo.

Tenga Ud. siempre a la mano una caja para pulimentar:

Pisos	Pianos	Automóviles
Linóleo	Muebles	Obra de Madera

De venta en los buenos almacenes.

Invitamos a los comerciantes para que nos escriban.

S. C. Johnson & Son, 244 High Holborn, Londres, E. C., Inglaterra

TINTAS
LITOGRÁFICAS Y TIPOGRÁFICAS
DE
Pedro Closas
ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS
Fábrica: Carretas, 66 al 70
Despacho: Unión, 21
BARCELONA

USE Ud.
la
Magnesia
Efervescente
DEL
Trigo
QUE ES
LA MAS
ACREDITADA
DE **ESPAÑA**

Convierta usted su
GRAMÓFONO



en un Profesor de
IDIOMAS
y aprenda
Inglés, Francés o Alemán
en casa, a ratos perdidos, pronto, bien y
por poco dinero

El famoso sistema C. I. E., reconocido como el más práctico después de veinte años de experiencia, puede ahora seguirse, usando una máquina parlante cualquiera, mediante la adaptación del

FONOSTILO

aparato para impresionar, creado por el Centro Internacional de Enseñanza.

Su manejo es sencillísimo y el Gramófono no sufre alteración alguna, aun cuando se centuplica su utilidad.

Si no tiene usted aparato en el Centro se lo proporciona sin ningún desembolso extraordinario.

Escriba usted en seguida con este cupón y recibirá gratis y sin compromiso detalles de nuestra oferta.

CUPÓN

Al C. I. E., Apartado 656, Madrid
Apartado 531, Barcelona

Nombre _____

Señas _____ 88

El conocimiento de lenguas extranjeras es más que necesario, es **INDISPENSABLE**

Fotografía BIEDMA

23, Alcalá, 23

Casa de primer orden

Hay ascensor

LOPEZ HERMANOS

"Los Leones" - MÁLAGA

Propietarios de las marcas Barón del Rivero y temporalmente para España, sus posesiones y Marruecos, de las marcas Adolfo Pries y C.º y Unión Vinícola Andaluza

Cosecheros exportadores de vinos finos de España. Únicos fabricantes del incomparable **ANIS MOSCATEL**, dulce y seco.

Bodegas de las más importantes de Andalucía. Grandes destilerías de Anisados, Coñac, Ron, Ginebra y Licores. Jarabes para refrescos. Gran Vino Kina San Clemente.

Debido á la anormalidad de las actuales circunstancias, los pedidos directos deberán ser acompañados de su importe, en lo que no hay exposición ninguna para los compradores; pues siendo esta Casa de primer orden y reconocida seriedad y solvencia, están completamente y garantidos del cabal y exacto cumplimiento de las órdenes que se le confíen. Para más detalles, pidanse catálogos.

PARÍS Y BERLÍN
Gran Premio y Medallas de Oro

DEPILATORIO BELLEZA Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis. 5 pesetas.

RHUM BELLEZA (á base de nogal). Gran vigorizador del cabello, dándole el brillo de la juventud. Quita las canas y las evita. Cabeza sana y limpia de caspa. Es inofensiva para los herpéticos. 5 pesetas.

POLVOS BELLEZA Alta novedad. Calidad y perfume super-finos y los más adherentes al cutis. Blancos, Rachel, Naturales, Rosados y Morenos. 2,50 y 4 pesetas caja, según tamaño.

En Perfumerías de España y América

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan siempre esta marca y nombre **BELLEZA** (Registrados)

CREMAS BELLEZA (líquida ó en pasta espumilla). Última creación de la moda.

Blancura y hermosura del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas e inofensivas. (blanca, rosada y natural). 4 pesetas.

TINTURA WINTER Con una sola aplicación desaparecen las canas; cabello, barba ó bigote, hermoso castaño ó negro. Es la mejor. 6 pesetas.

LOCION BELLEZA La mujer y el hombre rejuvenecen. Firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido ó con arrugas, granos, erupciones, barros, pecas, manchas y asperezas, la bendicen. Es inofensiva. 5 pts.

En HABANA: droguerías de SARRÁ y de JOHNSON. En BUENOS AIRES: calle Cerrito, 393. FABRICANTES: Argenté, Costa y Cía., Badalona (España).

